BOLSILIBROS

Selección

TERROR

EL BUQUE DEL HORROR

SILVER KANE

Lectulandia

Aquella noche de diciembre, en el puerto de Nueva York, Mara Seymour iba a tener el primer contacto con la muerte, aunque estaba muy lejos de imaginarlo. Aquella noche, cuando la muchacha se deslizaba junto al Hudson, por entre las oscuras sombras que rodeaban a Hoboken, estaba muy lejos de sospechar en qué infierno, en qué horrenda pesadilla iba a convertirse su vida.

Y todo había comenzado de una forma bien sencilla.

Todo había comenzado con aquella voz que le indicó dos horas antes:

—El *Kosi-Maru*.

Lectulandia

Silver Kane

El buque del horror

Bolsilibros: Selección terror - 4

ePub r1.1
brusina 02.12.14

Título original: *El buque del horror*
Silver Kane, 1973

Editor digital: brusina
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

EL PRIMER SALUDO DE LA MUERTE

Aquella noche de diciembre, en el puerto de Nueva York, Mara Seymour iba a tener el primer contacto con la muerte, aunque estaba muy lejos de imaginarlo. Aquella noche, cuando la muchacha se deslizaba junto al Hudson, por entre las oscuras sombras que rodeaban a Hoboken, estaba muy lejos de sospechar en qué infierno, en qué horrenda pesadilla iba a convertirse su vida.

Y todo había comenzado de una forma bien sencilla.

Todo había comenzado con aquella voz que le indicó dos horas antes:

—El *Kosi-Maru*.

Mientras avanzaba pegada a las pilas de mercancías, en el más absoluto silencio, Mara Seymour contempló la hilera de pequeños buques alineados junto a los muelles. Sólo dos de ellos eran japoneses, y uno, en efecto, se llamaba *Kosi-Maru*. No la habían informado mal.

Se deslizó hacia allí.

Sólo una lámpara de mercurio disipaba en parte las sombras. Como hacía un frío de mil diablos y además empezaba a nevar, todos los guardianes se habían refugiado en sus casetas y pasaban allí el rato entre solitario y solitario y entre trago y trago de ron. Desde el estuario soplaba un viento gélido que, en efecto, invitaba muy poco a vigilar desde fuera.

Y además, ¿vigilar para qué?

Todas las mercancías depositadas sobre los muelles consistían en grandes cajas con máquinas demasiado pesadas para que alguien se las llevase y en balas de algodón, que no tenían el menor interés para los ladrones. Los muelles estaban tan solitarios, tan muertos como la avenida de un cementerio en una noche de fin de año.

Y, sin embargo, Mara se deslizaba hacia el buque poco a poco, como una sombra. Vio que en la escalerilla no había nadie, pero de todos modos no se arriesgó. Trepó por las amarras, que estaban hundidas en una zona de profundas tinieblas.

Iba vestida con ropas negras muy ceñidas a sus esculturales formas.

En ciertos aspectos podía haber recordado a un «rata de hotel».

Una vez en la cubierta, se deslizó poco a poco hacia la cabina de mando. Allí brillaba una lucecita amarilla, pero no había nadie. Más allá, sin embargo, estuvo a punto de tropezar con el oficial de guardia, que dormía profundamente.

Era un japonés bajito y con la cara picada de viruelas. Parecía como si hiciera falta un cañonazo para despertarle.

Pero Mara Seymour no se fió. Pasó junto a él poco a poco, caminando sobre sus delgadas suelas de fieltro, y se deslizó de nuevo hacia la cubierta. Ahora sabía que no

iba a encontrar vigilancia en la nave, porque todos los marinos, menos los de guardia, se encontrarían divirtiéndose en Manhattan. Y los de guardia sólo se ocupaban de dormir, convencidos de que no iba a pasar nada en aquella noche de perros.

Mara se deslizó hasta el comedor.

Había muy pocas mesas, porque la tripulación del buque japonés constaba de unos veinte hombres. Todas tenían puestos los manteles de hule y estaban enteramente vacías menos una. En la única mesa que tenía algo encima reposaba un objeto difícilmente identificable en la penumbra. Mara Seymour, movida por la curiosidad que era la razón de su vida —pues la muchacha trabajaba como reportero en el *Newyorker*— se acercó hasta allí para verlo mejor.

Y de repente se le heló la sangre en las venas.

De repente todo pareció dar vueltas en torno suyo. Sus ojos se desencajaron. Sus manos empezaron a temblar.

Los ojos de buey y las luces de mercurio giraban, giraban, giraban… Todo daba vueltas enloquecedoras. El barco entero parecía haberse puesto a trepidar. Se oía un sonido extraño, que Mara Seymour tardó bastante en identificar como el castañeteo de sus propios dientes.

Y de pronto todo volvió a quedar en silencio.

Una espantosa paz se abatió sobre Mara. Una paz que era similar a la que debe sentir una muerta.

Sus ojos recortaron nítidamente aquel objeto depositado sobre el mantel. Y vio que era… ¡una mano humana!

Estaba cortada limpiamente.

Parecía como si el trabajo lo hubiera hecho un cirujano o un carnicero. Aquella mano expuesta así —limpia y perfectamente separada del resto del cuerpo— tenía un extraño y repulsivo aspecto de pieza expuesta al público en el escaparate de una charcutería.

Mara se llevó poco a poco las manos a la boca.

No sabía en qué increíble, en qué siniestro y horrendo mundo se había metido.

Avanzó como un autómata, bordeando la mesa para no rozarla. Sus ojos hipnotizados estaban fijos en aquella mano cortada.

Empujó una puerta de vaivén.

El suave «ñññeeeeeec» de los muelles al ser empujados le produjo un calambre que pareció repercutir hasta sus mismos huesos.

Pero no era nada.

Acababa de introducirse, sin darse cuenta, en la cocina.

Y la cocina estaba vacía.

Todo era pequeño allí. Unas mesas, unos cuchillos, unos utensilios, un mostrador de mármol… La cocina era a butano y constaba de cuatro hornos. Uno de ellos estaba encendido, y sobre él hervía el contenido de una gran cacerola, despidiendo ese «ruuun… ruuuun» quieto y pacífico que le calma a uno los nervios y que da la

sensación de verdadero hogar.

Mara seguía con los dedos crispados a la altura de la garganta.

Respiraba agitadamente.

Pero al dejar de ver la mesa con la mano, pensó que acababa de sufrir una alucinación. No… Todo aquello era absurdo. Intentó calmarse y logró que al fin se impusiera de nuevo en ella su sentido profesional.

Después de todo, lo que acababa de descubrir —si es que era cierto— resultaba una noticia de primera clase. Nada menos que una mano humana cortada en un buque japonés procedente de Vietnam y que acababa de arribar al puerto de Nueva York. Los lectores del *Newyorker*, aunque prefieren los reportajes estimulantes, como son los que se refieren a vacaciones, coches y chicas, también se chuparían los dedos ante la fotografía de una mano exhibida en la mesa de un comedor como si fuera el escaparate de una carnicería.

Sí, sería un estupendo reportaje. Y a Mara Seymour la admitirían como periodista fija en el *Newyorker*, cosa que buena falta le estaba haciendo.

Volvió al comedor y vio que no había sido una alucinación ni mucho menos. La mano seguía allí. De modo que preparó su máquina fotográfica, graduó bien la luz y obtuvo tres placas desde ángulos distintos.

Ya no estaba asustada.

Volvió a la cocina y miró la cacerola que despedía aquel tranquilizador «puf, puf, puf». Pensó que sería también una buena idea fotografiar lo que comían en un buque que tenía manos humanas exhibiéndose en el comedor. De modo que preparó la máquina, alzó la tapa de la cacerola y…

… ¡Y un sordo, un angustioso gemido de horror partió de la garganta de la muchacha!

Porque en el agua hirviendo de la cacerola flotaba… ¡flotaba una cabeza humana…!

Otra vez volvió a girar todo, otra vez iniciaron su danza infernal las paredes, los ojos de buey, las luces amarillas…

A Mara se le cayó al suelo la tapa de la cacerola.

Le pareció que producía un estruendo, una especie de trueno dentro del *Kosi-Maru*.

Tuvo la sensación de que debían haber oído aquello hasta en las bodegas.

Pero no debía ser así, porque nadie acudió. Todo continuó en silencio en torno a Mara Seymour cuando la danza infernal de las paredes pareció calmarse. Sólo el tranquilizador (pero ahora también horrible) «puf, puf» de la cacerola rompía el silencio.

Los ojos desencajados de la chica fueron de nuevo hacia allí.

Miró alucinada la cabeza que subía y bajaba según los movimientos del agua hirviendo.

Esta vez su sentido profesional sí que tardó en abrirse paso en ella. Mara tuvo que

hacer un esfuerzo terrible, atroz, para recobrar la conciencia de sí misma. Con manos trémulas alzó la máquina y sacó tres instantáneas más.

Se fijó entonces en algunos detalles, mientras procuraba serenarse y acostumbrarse a aquel horror. Vio que la cabeza estaba también limpiamente cortada, como si el trabajo lo hubiera hecho un médico o un carnicero. Le habían afeitado el cráneo y la barba, hasta no dejar ni un pelo en ella. También le habían arrancado los ojos.

Pero era la cabeza de un oriental, seguramente un vietnamita. Unas cuantas hierbas olorosas flotaban en torno al cráneo. La muchacha tuvo que reconocer, por muy espantoso que aquello le pareciese, que el olor no resultaba desagradable. Incluso, si no llega a destapar la cacerola, hubiera podido llegar a imaginar que lo que se cocinaba allí era un guiso apetitoso.

Porque, en efecto, se trataba de un guiso.

Lo que estaban haciendo allí era… ¡una sopa!

Mara sintió que le temblaban espantosamente las rodillas.

Otra vez todo volvió a girar locamente. Volvió a girar, girar, girar…

Sólo la sensación de que acabaría desplomándose sobre la espantosa cacerola devolvió la serenidad a la muchacha. Tenía que rehacerse o estaba perdida. De modo que palpó la pared de su espalda como una ciega, se apoyó en ella y, deslizándose de ese modo, ganó otra vez la puerta de vaivén.

Ñññññeeeeecccc…

El sonido penetró hasta el fondo de sus nervios.

Los ojos aturdidos vieron el comedor. No, no era una pesadilla. Todo estaba como antes. La mano seguía quieta, tal como ella la había fotografiado. Mara siguió avanzando pegada a la pared, hasta encontrar la salida que daba a la cubierta.

Bien venido el frío.

Fue el aire gélido que llegaba desde el puente Verrazzano lo que la salvó, haciendo que en su cabeza penetrara una especie de corriente fresca que disipó todas las brumas.

Descendió las escalerillas hacia la cubierta y entonces oyó el «raaaaac, raaaaac» de las cuerdas al ser sacudidas por el viento. La mansa nevada se estaba transformando en una ventisca. Todos los muelles seguían estando tan silenciosos como la calle de un cementerio.

La muchacha descendió las escaleras poco a poco.

No se dio cuenta, pues aún estaba medio aturdida, de que dejaba la cubierta atrás. No se dio cuenta de que seguía y seguía descendiendo por aquellas escaleras hasta las profundidades de las bodegas. Un extraño universo de luces más amarillas aún, de frío espantoso, de paredes inciertas, la rodeó por completo.

Fue el frío lo que más la sorprendió. Fue aquella especie de capa de hielo que llegaba hasta las células de su sangre y amenazaba con convertirlas en las partes de un témpano rojo. Sólo entonces recordó Mara que el pequeño buque japonés tenía

una parte de su estructura dedicada a frigorífico, y sin duda esa era la parte en la que acababa de meterse.

Las paredes eran de sólida plancha metálica. Las puertas de seguridad parecían las de una gigantesca nevera.

La primera reacción de la muchacha fue huir, pero puesto que ya estaba allí, y puesto que tenía la salida libre, decidió seguir investigando. Abrió una de las compuertas y miró hacia el interior.

Y entonces sí que no pudo resistirlo.

Entonces sí que se creyó transportada al Más Allá.

Lo que tenía ante los ojos era lo más espantoso que había visto jamás.

Docenas, quizá centenares de cadáveres…

¡Apilados como reses!

¡Helados!

¡Rígidos como troncos!

¡Desnudos!

¡Clavando algunos sus ojos en Mara, unos ojos donde aún parecía brillar una chispita de luz!

El buque transportaba… ¡un cargamento de cadáveres!

¡No era más que un inmenso cementerio!

Y ahora sí que la muchacha gritó con todas sus fuerzas. Ahora sí que la garganta pareció rompérsele. Ahora sí que un miedo atroz, visceral, definitivo, se apoderó de ella.

Pero aún le faltaba lo peor.

Aún le faltaba sentir el frío contacto del cuchillo en la garganta…

CAPÍTULO II

AQUELLO QUE NUNCA EXISTIÓ

El frío de la muerte es distinto del frío puramente físico. Se trata de algo que no se queda en la piel, sino que penetra hasta el fondo, muy hasta el fondo; de algo que forma parte de nosotros mismos, nos inmoviliza y nos deja indefensos ante la llama del Más Allá.

Eso fue lo que sintió Mara Seymour.

Que no podría defenderse.

Que estaba perdida.

La respiración jadeante del hombre que estaba tras ella no podía indicar más que miedo o furia. En un caso u otro iba a degollarla.

La muchacha no supo cómo había podido reaccionar.

No llegó a pensarlo siquiera.

Fueron sus músculos los que se movieron sin que su voluntad interviniese. De pronto se encontró girando sobre sí misma y dando un terrible salto de costado, un salto del que minutos antes no se hubiera creído capaz. El tajo del cuchillo, pese a su rapidez, no llegó a producirle ni siquiera una herida en el cuello.

Mara rodó por tierra.

La agilidad de sus veintiún años y las flexibles ropas que llevaba le permitieron ponerse en pie de un salto y brincar nuevamente, pero ahora hacia atrás. Vio entonces al hombre que la atacaba.

Era un indonesio delgado, sinuoso y alto.

Tenía la tez de color oliváceo.

Vestía pantalones oscuros y una chaquetilla blanca. No supo por qué, la muchacha lo relacionó con la cocina y con la mano cortada. Y, en una visión horrísona, se imaginó a sí misma hirviendo en el agua y dando sabor a una exótica sopa para la cena.

Fue eso lo que le dio fuerzas para llegar hasta las escalerillas de nuevo. Tropezó dos veces, pero logró asirse a la barandilla y trepar por ella a pulso como el atleta que trepa por la cuerda.

Su cabeza tropezó entonces con la lámpara.

El hombre que había venido tras ella debía haberla utilizado para moverse mejor a través de la oscura cubierta, cosa bastante lógica si tenía mala vista, como antes le había parecido observar a Mara. En efecto, el desconocido inclinaba bastante la cabeza y entrecerraba los ojillos como para ver mejor. Esa lámpara, que era de aceite, estaba colgada junto a la escalerilla, y al recibir el impacto de la cabeza de la muchacha cayó y se hizo añicos.

El aceite llameante se extendió por el suelo.

Mara lanzó un gemido.

Hubiera podido utilizar un extintor, ya que había uno muy cerca de las incipientes llamas. Pero con un cuchillo a su espalda, ¿cómo iba a atreverse a volver? Por otra parte, su perseguidor tampoco pareció preocuparse de momento por el fuego. Lo único que quería era alcanzar a Mara, y por eso subió velozmente las escaleras tras ella.

Mara Seymour rodó por cubierta.

Se dio cuenta de que su grito no había sido oído desde el exterior. El oficial y los dos o tres marinos de guardia debían seguir durmiendo. En el muelle todo era silencio.

La ventisca seguía llegando desde el estuario.

La nieve y el frío eran cada vez más intensos.

Mara gateó hasta llegar a la barandilla. Tanto como su propia seguridad la preocupaba en estos momentos el incendio, pues habían perdido los minutos preciosos durante los cuales pudieron extinguirlo fácilmente. Ahora todo iba a ser mucho más difícil, quizá irremediable.

Pero aquellos pensamientos se disiparon de pronto otra vez. El hombre del cuchillo ya estaba junto a ella.

Mara no podía hacer más que una cosa: saltó por la borda y se hundió en las heladas aguas del río Hudson. El frío penetró hasta sus huesos, pero se dominó. No hizo el menor ruido al nadar. Siguiendo el curso de las aguas, se deslizó a lo largo de los muelles de Hoboken mientras procuraba alejarse del *Kosi-Maru*.

Estaba ya bastante distanciada cuando oyó los primeros gritos:

—¡Fuego!

—¡El buque está ardiendo! ¡Pronto! ¡Dad la alarma!

En los muelles se encendieron luces.

Y alguien gritó:

—¡Una mujer ha provocado el fuego! ¡Ha huido!

Mara se dio cuenta de que un nuevo peligro se cernía sobre ella, puesto que podían acusarla de incendio intencionado, aunque eso no fuera cierto. De modo que se puso a nadar vigorosamente y sin preocuparse del ruido, buscando sólo alejarse lo antes posible de allí.

Pronto llegó al sur de Hoboken. Entonces se deslizó fuera del agua y corrió empapada hacia la salida de los muelles. Tuvo que saltar una empalizada para verse en la calle, pero al fin pudo respirar hondamente porque estaba libre y además se había salvado de morir.

Como si una lucecita se encendiera y se apagara en su cráneo.

El horror que acababa de vivir la había marcado profundamente. Tuvo la sensación de que podía volverse loca.

Corrió a través de la calle hasta la parada de taxis. Por fortuna había uno en ella.

Y por fortuna también para Mara, las mujeres van hoy vestidas de una manera tan informal que al taxista no le extrañó en absoluto aquel atuendo de «rata de hotel» que ella usaba. Lo único que se limitó a preguntar fue:

—¿Qué? ¿Su novio la ha echado al agua?

Mara dio la dirección de su apartamento de Brooklyn y se reclinó en el asiento mientras suspiraba hondamente. Todo volvía a ser normal. Todo volvía a tener un aspecto apacible, tranquilo, ordenado. El taxi que se detenía ante las luces de tráfico, la radio que sonaba, las luces de los comercios… Todo el horror vivido en el barco japonés le parecía una pesadilla. Pero aunque quiso tranquilizarse y dejar atrás todas sus obsesiones, no pudo hacerlo de ninguna manera.

Estaba como abrumada.

En su cráneo seguían encendiéndose y apagándose aquellas lucecitas rojas.

Al llegar al apartamento donde vivía sola se quitó la ropa, se dio una ducha caliente y se bebió —en contra de su costumbre— un vaso entero de *whisky*. Cuando el licor penetró en sus venas como si fuera fuego líquido, suspiró y se dejó caer en una de las butacas.

Se lo repitió una y otra vez para tranquilizarse: «Todo volvía a ser normal… Normal… Normal…». No había por qué tener miedo.

Marcó un número en el teléfono.

—¿Key?

La voz masculina que le había respondido reflejaba una cierta excitación. Mara Seymour repitió:

—¿Key?

—Sí, soy yo. ¿Cómo es que no has conocido mi voz? ¿Qué te pasa? ¿Estás nerviosa, Mara?

—Bueno… Un poco. He hecho caso de los informes que tú me diste, Key.

—¿Y qué?

—He ido en secreto al *Kosi-Maru*.

—Estupendo. No esperaba menos de una periodista valiente como tú, que además aspira a situarse. ¿Lo has conseguido?

Ella dijo con desaliento:

—Key, tú sabes todo lo que pasa en Nueva York. Conoces los bajos fondos de los muelles como no los ha conocido nadie. Supongo que eres el periodista de sucesos mejor informado que hay en Estados Unidos.

—Me halagas, Mara. No merezco tanto. Y no me agradezcas el soplo, nena. Yo sólo quise ayudarte a escalar los peldaños hasta el despacho del jefe. Ya sabes que esos peldaños están siempre untados con jabón, Mara, de modo que uno se pega cada mamporro de espanto.

—Como el que te pegaste tú, Key.

—Bueno… Yo me caí de una grúa y me rompí una pierna cuando trataba de fotografiar desde lo alto una reunión de los mafiosos que gobiernan el puerto de

Nueva York. Pero es una cuestión aparte, ¿no? ¿A qué viene eso?

—Es que me temo que el golpe no te afectara sólo a las piernas, Key, sino también a la cabeza. O tal vez no entiendes nada de política internacional. Tú me aseguraste que ese buque japonés venía desde Vietnam transportando a un mensajero secreto que iba a exponer al presidente unas proposiciones confidenciales de paz. Si lograba verle era un reportaje sensacional para mí, un reportaje que me ayudaría a llegar muy arriba. Pero no hay nada de eso, Key.

—Verás… Tal vez me equivoqué. A mí me dieron el soplo desde Vietnam. Luego repasé la lista de los buques que podían resultar sospechosos y por las fechas llegué a la conclusión de que podía ser el *Kosi-Maru*. Como estoy fuera de la circulación en una clínica, te brindé la noticia en bandeja. ¿Qué más quieres?

—Nada, Key, nada… Te estoy agradecida igualmente, pero quiero que telefonees a tu periódico. Quiero devolverte la moneda, ¿sabes? En tu periódico les gustará mucho comprobar que, a pesar de estar en una clínica, sigues dando noticias. Les puedes comunicar que el *Kosi-Maru*. se ha incendiado.

—¿Un… un incendio grave?

—Supongo que sí.

—¿Con víctimas?

—Sólo te digo que habrá mucha carne quemada.

—Oye… Estás extraña, Mara. ¿Qué te pasa?

—Nada… ¿Qué me va a pasar?

—Es que tu última frase no tiene sentido… a menos que haya una montaña de muertos.

—La hay. Docenas de muertos.

—¡Entonces es un notición! ¡Dios santo! ¡Voy a llamar en seguida al periódico! Aunque… —y de pronto la voz vaciló al otro lado del hilo—. Oye, Mara, sigues estando muy extraña. ¿A qué viene hablar de docenas de muertos? Ahora recuerdo que en el *Kosi-Maru* navegan apenas veinte hombres, la casi totalidad de los cuales debían estar de permiso esta noche.

—Da la noticia del incendio, Key. Y diles que si quieren el reportaje más sensacional del año se pongan en contacto conmigo. Esperaré aquí su llamada. Quería dar esta noticia al *Newyorker*, pero como el *Newyorker* es una revista y el reportaje ya saldría demasiado tarde, prefiero venderlo a tu periódico para que aparezca mañana en primera página con unas fotografías increíbles. Lo firmaremos los dos para demostrarte mi gratitud. Vamos, Key, no pierdas tiempo. Llama…

Y Mara colgó.

Suspiró con cansancio.

Tenía, en efecto, la noticia más sensacional del año. Nada menos que un buque repleto de muertos congelados llegaba al puerto de Nueva York. Y algunos de aquellos muertos, por lo visto, eran servidos como comida a la tripulación. Un reportaje como para ponerse a pegar brincos, aunque a más de uno le fastidiaría leerlo

a la hora del desayuno.

Mara cerró los ojos.

Y esperó.

Con tal de obtener el éxito que iba a obtener, daba por buenos todos los horrores vividos.

El teléfono repiqueteó al cabo de unos diez minutos.

La voz de Key sonaba sin ningún entusiasmo. Más bien se desprendía de ella una sorda amargura.

—Mara, tú y yo somos amigos —musitó—. No está bien lo que has hecho conmigo.

—¿Pero de qué hablas?

—Si mi información no resultó exacta y tú no has obtenido la noticia que deseabas, tampoco había motivo para que te vengaras de mí.

La muchacha palideció.

Otra vez volvían a encenderse y apagarse en su cráneo las lucecitas rojas, a causa de aquella situación absurda.

—Key… —musitó—. ¿Pero qué dices?

—El *Kosi-Maru* no ha llegado a Nueva York. Había salido, pero se supone que tuvo un naufragio a unas cien millas de la Baja California, cuando se dirigía al canal de Panamá. Por supuesto, en Nueva York no ha llegado a atracar nunca. Lo peor de todo es que el mal ya está hecho, porque yo ya había telefoneado al periódico dando la noticia del incendio. No puedes imaginarte lo que acaban de llamarme. Menos mal que llegué a conocer a mi padre, porque si no dudaría de muchas cosas.

—Pero… ¡pero, Key! ¡Yo he estado en ese buque!

—Te repito que se le da por perdido, aunque la noticia no ha podido ser confirmada oficialmente. Después de dar yo la información sobre el incendio, el redactor-jefe, que lo comprueba todo, ha mirado la lista de buques entrados en Nueva York, y que publicamos todos los días. El *Kosi-Maru* no figura como ingresado. Ha telefoneado a la dirección del puerto y le han dicho que no se tenían noticias de él desde que surcaba las aguas de la Baja California. De modo que ya ves en qué pastel me has metido, hermana. ¡Muchas gracias! ¡De verdad, muchas gracias!

Y colgó.

Mara quedó tan abrumada como si le hubieran asestado un culatazo en el cráneo.

No era posible.

No, ella no había sufrido una alucinación. Y además no podía consentir que Key, el hombre que la había ayudado siempre, la tomase por una inmoral. Y lo que era peor: por una pérfida compañera.

Descolgó de nuevo el teléfono y llamó a los bomberos del puerto.

Preguntó directamente si ya había sido sofocado el incendio del *Kosi-Maru*.

—¿El *Kosi-Maru*? No, no nos suena ese nombre.

—¿Que no les suena? ¡Oiga! ¡Esta noche no ha podido producirse más que un

incendio en el puerto de Nueva York! ¡Tendría que «sonarles» mucho! ¡Mucho! ¡No es posible que no sepan nada!

—No se excite. Espere un momento, que lo comprobaré.

Al cabo de unos instantes se puso otra persona al teléfono.

—Lo siento, señorita, pero debe sufrir un error. Aquí no se ha producido ningún incendio ni hay ningún *Kosi-Maru*.

Y colgaron.

Debían haberla tomado por una bromista de mal gusto.

La muchacha tuvo que sujetar de nuevo la botella y beber a chorro para sentirse mejor. Luego llamó a la policía del puerto.

¡Allí le demostrarían que ella no era ninguna visionaria!

Pero colgó después de una breve conversación de un par de minutos.

Tampoco en la policía del puerto sabían nada del *Kosi-Maru.*

La muchacha tuvo que sujetarse a los brazos de la butaca porque pensó que iba a caer.

Ya no sabía adónde llamar.

¿Al manicomio?

¿Y si pedía una ambulancia con camisa de fuerza incluida? ¿No sería lo mejor?

De pronto tuvo una idea. Discó a un agente de seguros que conocía y que tenía grandes relaciones con Lloyds, de Londres, la mayor compañía mundial de seguros marítimos. Le pidió por favor que despertara a quien fuese, pero que le dijeran lo que se sabía de un buque japonés que había salido de Vietnam y que se llamaba *Kosi-Maru*.

El agente se mostró amable y le hizo el favor. Telefoneó al cabo de treinta interminables y angustiosos minutos. Pero su voz, entonces, reflejaba desaliento.

—Lo siento, Mara, pero ese buque no ha llegado a Nueva York. He telefoneado incluso a Londres, para que en Lloyds me lo confirmaran. Es un semi-frigorífico con una tripulación de veinte hombres, y según los registros de la compañía de seguros han perdido su pista en las costas de la Baja California. Precisamente están haciendo indagaciones por si se trata de un naufragio que les puede costar una montaña de libras.

La muchacha estaba completamente desalentada.

—Gracias, amigo —musitó—. Gracias, Sullivan.

Y colgó.

Ahora sí que estaba segura de ir a volverse loca.

Su mirada giró errabunda por la habitación, y entonces vio la máquina fotográfica. Entonces recordó que aquí tenía las pruebas de lo que había podido ver. ¡Ya les demostraría a todos si el buque japonés estaba o no estaba en Nueva York!

Incluso el asunto se presentaba mucho más oscuro de lo que ella imaginó.

Y por lo tanto mucho más periodístico, mucho más misterioso, mucho más interesante.

¡Un éxito!

Fue a abrir la cámara para sacar el carrete y revelarlo. Pero apenas sus dedos habían rozado la cámara, cuando oyó aquel leve ruido a su espalda.

No tuvo tiempo de volverse.

De pronto algo golpeó su cráneo con fuerza. De pronto la muchacha cayó de bruces mientras sentía en la boca un espeso sabor a sangre.

Perdió el conocimiento.

Pero, cosa extraña, cosa increíble, no perdió el conocimiento de una forma brusca, compacta, sino que su cerebro pareció hacer un largo patinaje por el vacío. Pareció deslizarse por zonas del pasado que ella conocía. Por una calle larga, con hermosos magnolios a ambos lados, por una serie de casas bajas, por unos coches anticuados, por unas cruces…

CAPÍTULO III

MAYDEN

Una calle larga.

Unos hermosos magnolios a ambos lados.

Unas casas bajas.

Unos coches anticuados.

Unas cruces.

La muchacha abrió los ojos. O creyó que los abría.

Todo aquello estaba dentro de su cerebro.

Una calle larga.

Unos hermosos magnolios a ambos lados.

Unas ca…

Sintió un estremecimiento.

Estaba viva… Estaba viva… ¡No la habían matado con aquel golpe! ¡Estaba viva!

Y entonces abrió los ojos definitivamente.

Lo vio todo de nuevo.

La calle larga.

Los hermosos magnolios a ambos lados.

Las casas anticuadas.

Las…

De pronto alguien la sacudió. Una voz entre cariñosa y asustada la llamó varias veces.

—¡Despierta, Mara! ¡Despierta!

Ella se sentó en la cama. Se sentía extrañamente bien y no le dolía la nuca. Hubo una serie de cosas que le extrañaron sobremanera, sin embargo, y la primera de ellas quizá fue el estar en la cama, cuando recordaba perfectamente que el golpe se lo habían dado encontrándose ella en pie. Quizá el que la golpeó la había arrastrado luego hasta el lecho, que estaba muy cerca.

También era extraño que hubiese tenido ante los ojos aquel paisaje en el momento de caer, y siguiera teniéndolo ahora. Medio aturdida, vio delante de ella la calle larga, los magnolios, las casas, los coches anticuados, las cruces…

Se trataba de una fotografía.

Ahora lo comprendió.

Pero una fotografía que jamás había estado allí.

La fotografía colgaba de la pared.

Lo primero que pensó Mara Seymour (aunque ahora el pensar le costaba un terrible esfuerzo) fue que al caer después del golpe había visto aquella reproducción,

siendo ésta la última cosa por la que resbalaron sus ojos. Al despertar había seguido viéndola, puesto que la cama estaba enfrente, y así había tenido la sensación de que las dos imágenes se unían sin que hubiera transcurrido ningún tiempo. Cuando uno recobra el conocimiento suelen ocurrir esas cosas.

Pero lo cierto era que habían transcurrido varias horas. La luz entraba por la ventana. Era un día claro, aunque algunos tejados de la ciudad aparecían cubiertos de nieve.

Volvieron a zarandearla.

—Mara… ¿Pero qué te pasa, Mara? ¡Estás como en otro mundo!

Ella vio entonces a la que le hablaba así. Sus ojos casi se humedecieron ante aquella figura entrañable, aquella figura querida que disipaba todas las desconfianzas. Era Olga, la vieja sirvienta que casi la había enseñado a andar y materialmente había cuidado de ella siendo Mara una niña.

—Olga… ¿qué haces aquí?

—He venido a darte una mala noticia, Mara.

—¿Cuál?

—Tu tío Fred acaba de morir.

A la muchacha no le sorprendió en absoluto que le hablaran de muertos después de lo sucedido la noche anterior. Hasta le pareció lógico. Pero más que sentir pena —puesto que a su tío Fred no le había profesado nunca un afecto especial— sintió miedo.

—Ése… ese cuadro con esa calle.

—¿Es lo único que se te ocurre preguntar?

—Por Dios, Olga, déjame… ¿Desde cuándo está ahí? Ayer por la tarde no estaba…

—Yo lo colgué antes de la noche. Vine a repasarte la ropa como todos los meses. Estuve un buen rato aquí. Y te dejé el cuadro porque tenía el presentimiento de que deberías ir ahí en seguida. Es decir, tienes que ir ahora mismo.

—Pero… ¿qué es eso?

—¡Por favor, Mara! ¿Qué te pasa? ¡Es la pequeña ciudad de Mayden, en Connecticut, a poca distancia de aquí! ¡Tú habías pasado temporadas con tío Fred en su casa, cuando eras una niña!

—Ya me pareció al caer que… que recordaba eso. Que hacía una especie de patinaje por el pasado.

—¿Al caer…?

Mara le sujetó las manos con fuerza, con una extraña y casi desesperada fuerza.

—Olga, si me equivoco dímelo. Dímelo francamente. Tengo… tengo miedo de estar loca, ¿sabes? Me ocurrieron anoche cosas muy extrañas. ¿Tengo un bulto en la nuca, como si me hubieran golpeado?

La mujer parpadeó confundida y le tocó la nuca. Sonó un doble grito: el de Olga de sorpresa, y el de Mara de dolor, pues al serle rozado el impacto le había producido

un daño insufrible.

Olga bisbiseó:

—¿Pero… qué te hicieron?

—Nada que nos importe ahora, Olga, nada y gracias, no sabes la buena noticia que me das. Ahora veo al menos que no estoy loca. Quiero preguntarte otra cosa.

—Pre… pregunta… pregunta…

—¿Ves por aquí una máquina fotográfica?

—No, claro que no.

—Entonces lo comprendo con perfecta claridad. Me golpearon para robármela, aunque no quisieron hacerme más daño e incluso me depositaron en la cama. Eso fue todo.

—¿Golpearte? ¿Quién?

—No lo sé, Olga, no lo sé… Dios santo, si lo supiera todo estaría claro, pero me temo que no lo sabré nunca. ¿Y por qué me trajiste ese cuadro? ¿Lo hacías sólo para que recordara mi infancia? ¿Qué necesidad había de eso, Olga?

—Verás… Me haces unas preguntas un poco atropelladas, muchacha. No lo hice sólo para que recordaras, puesto que eso tiene poca importancia. Lo hice para que vieras en seguida el lado bueno de la muerte de tío Fred, aunque esté mal hablar así. Tú eres su única heredera, y va a ser tuya casi toda esa calle.

Mara se estremeció.

No supo por qué, pero se estremeció.

—Debes venir en seguida —dijo Olga—. Por eso he corrido, para avisarte, cuando aún no han abierto los comercios siquiera… Tienes que darte prisa. Eres la única familiar y el cadáver de tío Fred aún está presente… Tendrás que presidir los funerales y el entierro.

Mara sintió que todo daba vueltas otra vez.

Los funerales… El entierro…

En definitiva, otra vez la, muerte.

La zarandearon.

—¿Pero qué te pasa, Mara? ¡Estás a punto de caer!

Ella apenas pudo balbucir:

—¿Tengo… que hacer eso?

—¡Pues claro! ¡Eres su única pariente! ¡Al pobre tío Fred no pueden enterrarle como a un perro!

—Está bien… Entonces iré. Pero has de conducir tú, Olga. Yo no me siento con fuerzas.

—Conducir, conducir… ¡Qué barbaridad! ¡Nunca he querido aprender a manejar esos chismes! ¡Tengo un taxi esperando abajo! ¡Y lo que debe haber subido ya la cuenta!

Casi tuvo que cargarse sobre los hombros a Mara para ayudarla a llegar a la calle.

Y así fue como Mara Seymour, muy poco después, pudo ver de nuevo los casi

olvidados paisajes de su infancia. La calle larga.

Los hermosos magnolios a ambos lados.

Las casas bajas.

Los coches anticuados.

Unas cruces.

CAPÍTULO IV

UN ALARIDO EN LA NOCHE

Tío Fred, el próspero negociante que, sin embargo, era algo anticuado (lo que le impidió ganar más dinero) había muerto relativamente joven. Sólo tenía sesenta y dos años, o sea que caso de ser un trabajador asalariado no habría llegado ni a jubilarse. Y había muerto de repente, de un ataque al corazón, casi sin sufrir, lo que hacía que su rostro se conservara perfectamente sereno.

Mara lo contempló desde la puerta.

Tuvo que cerrar los ojos.

Todo aquello la había impresionado, la había dejado sobrecogida y atónita.

En especial el silencio.

Aquel silencio viscoso que se pegaba a las paredes y parecía llegar de otro mundo.

Y el solemne túmulo.

El cuerpo del difunto estaba arriba, muy arriba.

Parecía querer aplastarle a todos con su peso.

Y aquella soledad de la habitación sin muebles.

Y los cuatro siniestros cirios.

Todo aquello había sobrecogido a la muchacha de tal modo que por un momento sintió que la sacudía el horror. Pero al fin se rehízo. Rozó sus labios con los dedos, depositando en ellos un beso, y luego alzó aquellos dedos hasta la mejilla de tío Fred, que estaba espantosamente fría. Mara se estremeció.

Vio las coronas de flores que habían enviado los escasos amigos y luego se acercó a la ventana. La calle seguía teniendo el mismo aspecto que en su niñez. Incluso los coches seguían siendo anticuados, porque los habitantes en aquel sector de Mayden solían ser rentistas y pequeños comerciantes que no estaban para gastos superfluos, y que además sabían valorar las cosas bien hechas. Y un automóvil es una cosa demasiado bien hecha para que uno la desprecie al cabo de un año.

Al fondo estaba el pequeño cementerio eclesiástico donde ya no se enterraba a nadie. Aquello era lo que había hecho recordar las cruces a Mara. Y los magníficos magnolios cuyas ramas casi tocaban las ventanas. Y los establecimientos que habían sido abiertos en los últimos años, los cuales consistían en una corsetería, un bar y… una funeraria.

La muchacha cerró los ojos de nuevo.

Hubiera querido olvidar.

Hubiera querido hundirse en su viejo pasado, cuando no había en su horizonte ninguna pesadilla.

Entonces oyó un leve taconeo a su espalda.

Se volvió.

A la mujer que estaba tras ella no la había visto nunca. Era alta, solemne. Estaba lo que se dice «bien de tipo», a pesar de que ya había entrado en la cuarentena. Vestida de otro modo hubiera llamado incluso la atención de muchos hombres. De todos los hombres que aman a las mujeres fuertes y sólidas, de ésas que no se le arrugan a uno entre los brazos. Pero con su rígido uniforme negro, .sus zapatos más bien bajos, su cuello blanco y su expresión adusta, no resultaba atractiva a nadie. Casi había en ella algo de siniestro.

—¿Señorita Seymour?

Su voz era áspera. Estaba de acuerdo con su cara. Y, sin embargo, uno se daba cuenta de que podía haber sido una voz agradable.

—Sí, dígame.

—Siento conocerla en estas circunstancias. Soy la señorita Krabb.

—¿La señorita Krabb…?

—Usted no me conoce, claro. Llevo tres años de ama de llaves del difunto señor Fred Seymour.

—Yo creí que el ama de llaves era… era…

—¿La señorita Olga? No, ya no puede. Es muy mayor para ocuparse de todo el trabajo.

Mara cabeceó. Trató de sonreír.

—Me hago cargo, señorita Krabb. Yo también siento mucho conocerla en estas circunstancias.

—Su tío murió sin dolor. Supongo que eso le servirá de consuelo.

—Sí, en efecto. Es… un consuelo importante.

—¿Cuánto tiempo llevaba usted sin venir aquí?

—Bastantes años. En realidad no había venido desde que era una niña.

—Va a presidir el duelo, ¿no?

—No creo que me quede otro remedio, si soy la pariente más cercana.

—Lo es. Y también es la heredera.

—Eso no me importa demasiado ahora, señorita Krabb. Siempre he querido vivir de mi trabajo y solamente de mi trabajo. Lo único que desearía preguntarle es si vendrá mucha gente al entierro.

—No. Unas veinte personas como máximo. Su tío se relacionaba muy poco en sus últimos tiempos.

—Comprendo. ¿A qué hora se hará la ceremonia?

—Mañana por la mañana. Han de transcurrir veinticuatro horas como mínimo entre la muerte y la inhumación; usted lo sabe. Su tío murió de madrugada, y por lo tanto la inhumación podrá efectuarse a partir de las nueve. Se encargarán de todo los dueños de esa funeraria que ve a poca distancia.

—Ya entiendo. Me parece muy normal.

—¿Va usted a quedarse velando el cadáver toda la noche, señorita Seymour?

—¿Lo hará usted?

—Yo sí —dijo firmemente la señorita Krabb.

—En ese caso yo también.

—¿Es que… tiene miedo de quedarse sola?

Flotaba una suave e indolente sonrisa en los labios del ama de llaves. No supo por qué, pero Mara imaginó que aquella era una mujer sensual. Llena de confusión, prefirió no mirarla.

—Nunca he velado a un muerto —se limitó a decir.

—Alguna vez hay que hacerlo. Alguna vez hay que empezar. ¿Qué tiene usted en la cabeza, señorita Seymour? ¿No tiene la nuca algo hinchada?

—Me di un golpe. No tiene importancia. Gracias por su interés, señorita Krabb.

—¿Querrá comer algo? Tenemos una buena cocinera, créame. Su especialidad es la cabeza al horno.

Mara sintió una profunda arcada en el estómago.

Como si se le removieran hasta las entrañas.

Balbució:

—No… no tengo apetito.

—Como quiera, señorita Seymour. Pero será mejor que no se esté aquí, en esta habitación tan fría. Puede pasar al despacho, donde recibirá a los que vendrán a darle el pésame. Allí estará más cómoda.

Mara asintió tímidamente.

Se dejó conducir como una sombra.

El despacho era viejo, solemne. El mismo que ella había conocido durante su niñez. Mara se sentó allí y perdió el sentido del tiempo, mientras le parecía que por delante suyo desfilaban sombras y más sombras. Sabía que eran las personas que venían a darle el pésame, personas desconocidas a las que contestaba con unas frases de ritual. Así sin darse cuenta de cómo pasaba el tiempo y sin tomar ningún alimento, llegó la noche.

Todo estaba en silencio.

Muerto.

Con aquel espantoso vacío de las habitaciones y de las horas.

La muchacha pensó que era conveniente ver otra vez el cadáver. Debía demostrar algún interés. Se sentía constantemente vigilada por los ojos metálicos de la señorita Krabb.

Entró en la habitación fría y solemne donde estaba el túmulo con el ataúd.

Y sus ojos se desencajaron entonces.

Sus rodillas fallaron.

Lanzó un grito de espantosa agonía, un grito que atravesó como un punzón sus propios nervios.

Un alarido en la noche.

CAPÍTULO V

EL OSCURO MUNDO DE LOS MUERTOS

Lo que acababan de ver los ojos atónitos de Mara Seymour era el ataúd vacío. No quedaba en él ningún rastro del cuerpo de tío Fred. Éste se había volatizado, había desaparecido, se había convertido en una sombra más de las que poblaban la casa.

Las piernas de Mara vacilaron.

Cayó de rodillas.

Y así la encontró la señorita Krabb un momento después. Le puso las manos en los hombros y trató de ayudarla a incorporarse mientras Mara gemía espasmódicamente.

Por supuesto, la señorita Krabb también se había dado cuenta de que el ataúd estaba vacío.

Sus facciones habían adquirido una palidez cerúlea.

Se notaba que no podía ni hablar.

Las dos mujeres se miraron al fin, cuando Mara consiguió ponerse en pie. En los ojos de la muchacha había una patética lucecita de horror. En los de la señorita Krabb, una chispita de desconfianza.

—¿Pero qué ha sucedido? —balbució—. ¿Qué ha hecho con el cadáver?

La pregunta era tan absurda para Mara, que ésta no pudo ni contestar. Sus labios se curvaron. Al fin comprendió que tenía que armarse de valor y respiró hondamente antes de musitar:

—Llame a la policía.

La señorita Krabb no contestó.

Salió de allí y fue al despacho.

Mara Seymour aún permaneció unos momentos inmovilizada, sin poder seguirla. El ataúd vacío la atraía como si tuviera para ella una fascinación maldita. Al fin, arrastrando los pies, fue también hacia el despacho.

Vio que la señorita Krabb estaba discando un número, pero de una forma extraña. Miraba el micro furiosamente.

—¿Qué pasa? —susurró Mara.

—Algo que no comprendo. El teléfono no funciona.

—¿Pretende decir que… que han cortado los hilos?

—Eso es lo que me temo. Ha funcionado bien hasta hace diez minutos. Recuerdo que he llamado para preguntar la hora exacta.

Mara hundió la cabeza. A través de las ventanas del despacho vio las luces tranquilas de la calle y oyó el susurro de las hojas de los magnolios. El motor de un coche le produjo una sacudida, pero también le dio una tranquilizadora sensación de

realidad.

—Señorita Krabb —musitó con voz firme—, no sé quién ha hecho esto ni lo que ha pretendido al cortar los hilos del teléfono, pero puedo asegurarle que se ha equivocado por completo. No estamos en la Edad Media para creer en brujas que hacen desaparecer los cadáveres. Tampoco nos han aislado por el hecho de estropear el teléfono. Estamos a muy poca distancia de Nueva York y además en una ciudad como Mayden que tiene todos los servicios, desde policía hasta cabinas públicas para llamar a todas partes. No sé lo que usted piensa, pero yo sí que sé lo que voy a hacer: voy a telefonear desde fuera. Y la policía estará aquí antes de cinco minutos.

La otra colgó.

—No se lo discuto, señorita Seymour —dijo fríamente—. Me parece una medida muy acertada.

—¿Dónde hay una cabina?

—Tiene usted teléfono público en el bar. Está a menos de cincuenta yardas.

—Ya lo he visto desde la ventana. Voy allá.

Y salió.

Sentía que aún le temblaban las rodillas, pero quería dominarse.

Estaba decidida a acabar de una vez con aquel mundo de locura en que se había visto sumida de pronto.

Atravesó la calle.

En Mayden había cinco semáforos, y uno de ellos estaba en la segunda calle, que tenía que atravesar para llegar al bar. Como la luz estaba roja, la muchacha tuvo que detenerse.

Pasaron suavemente dos automóviles por delante suyo.

Uno era un moderno «Ford Escort».

El otro un coche europeo. Un «Mercedes».

Mara entrecerró los ojos.

Se trataba de un antiguo «190». O la muchacha recordaba muy mal o tío Fred tenía un coche así, porque era un enamorado de las marcas europeas. Eso hizo que se estremeciese, aunque no supo bien por qué.

Y que mirara hacia el conductor.

Entonces sintió de nuevo el frío de la muerte. Entonces supo lo que es no querer estar uno dentro de sus propios zapatos.

Porque el que estaba ante el volante, conduciendo muy rígidamente, era…, ¡era el propio Fred Seymour!

* * *

Mara se apoyó en el poste metálico del semáforo. De no estar aquello allí, hubiese caído sobre el asfalto. Cerró los ojos mientras sentía que la lengua se le pegaba al

paladar. Cuando los abrió, el «Mercedes» había desaparecido. El semáforo ya señalaba verde. Podía pasar. Pero la calle le pareció tan inmensa como el desierto de Gobi y ya no tuvo fuerzas para atravesarla.

La mano se posó en su hombro.

Era dura, metálica.

La muchacha se volvió ahogando un grito de horror.

—¿Qué le ocurre, Mara? ¿No se encuentra bien?

La mano de la señorita Krabb se retiró poco a poco.

Los ojos de Mara bailaban casi cómicamente. Le era imposible incluso mirar bien.

—He pensado que quizá necesitaría que la acompañase —dijo la señorita Krabb —. Y de pronto la he visto así, parada de un modo tan raro… ¿Quiere apoyarse en mí para cruzar la calle?

—Señorita…, señorita Krabb… ¿Qué automóvil tenía tío Fred antes de morir?

—Pues… el que ha tenido en los últimos quince años. Como lo usaba tan poco, estaba nuevo. Un «Mercedes 190».

—¿Negro?

—Sí.

Mara susurró:

—Por favor, volvamos a casa.

—¿Ya no quiere telefonear?

—Quiero ver algo antes. Acompáñeme, se lo suplico.

El ama de llaves hizo un gesto casi imperceptible de asentimiento. La acompañó de nuevo hasta la casa y le abrió la puerta.

—¿Dónde está el garaje? —preguntó Mara.

—Aquí, en la parte trasera.

—¿Me quiere acompañar?

—Sí. ¿Cómo no?

Las dos mujeres fueron hacia el garaje y el ama de llaves abrió. La luz plomiza mostró a la muchacha el mismo vehículo que había visto cruzar ante ella. Era el mismo, estaba segura. Pero ahora no se encontraba nadie ante el volante, y el coche parecía no haber sido usado en mucho tiempo.

Mara tocó el capó con dedos temblorosos.

Estaba frío.

Claro que si el «Mercedes» había dado sólo una vuelta a la calle, el motor no había tenido tiempo de calentarse.

La señorita Krabb musitó:

—¿Qué le pasa? ¿Qué mira?

—¿Es… está segura de que tío Fred murió realmente?

—¿Pero qué cosas tan extrañas pregunta? ¡Pues claro que sí! ¿O necesita ver el certificado de defunción?

—No necesito ver nada. ¿Dónde está la estación de policía?

—A unas calles de distancia, siguiendo hacia la plaza. ¿Ya no quiere telefonear?

—No. Quiero ir directamente a la policía. Lo que he de explicar no puede decirse por teléfono porque no me creerían.

—De acuerdo, de acuerdo… Usted es la que decide, señorita Seymour. ¿Puedo acompañarla?

—Sí, por favor… Hágalo. En estos momentos hasta cruzar una simple calle me da miedo.

La señorita Krabb la sujetó por el brazo, mientras Mara andaba de espaldas. Estaba obsesionada por el coche y no podía evitar mirarlo. Le parecía un ataúd metálico. Le parecía una visión del Más Allá.

Anduvieron por las calles tranquilas donde apenas había nadie. La luz ante la fachada de la estación de policía brillaba quedamente. Al llegar allí la muchacha vaciló, porque pensó que con su declaración iba tal vez a comprometer a Fred, si es que éste estaba vivo. Pero la idea le pareció tan increíble que al fin hizo un gesto de decisión y dijo:

—Vamos.

El que estaba de guardia era el teniente Hunter. Observó con detenimiento y con admiración las suaves curvas de Mara y con cierto desdén las sólidas y macizas curvas de la señorita Krabb. Pero Mara notó que ese desdén no iba dirigido al aspecto físico de la señorita Krabb, que después de todo resultaba bastante apetitoso, sino a su aspecto moral. Era una diferencia sutil. De un modo instintivo, la muchacha notó que el teniente Hunter, por lo que fuera, despreciaba profundamente al ama de llaves de tío Fred.

—¿Qué pasa? —preguntó cuando ella le hubo mostrado sus documentos de identidad—. ¿Quiere hacer una declaración, señorita Seymour?

—Sí. Para eso he venido.

—Pase a mi despacho, por favor.

La señorita Krabb fue también a entrar, pero el teniente la rechazó con un gesto áspero.

—Tú te quedas fuera.

La había tratado como si fuera una golfa. Mara, profundamente extrañada, se turbó, pero no hizo ningún comentario.

Cuando estaban sentados uno frente al otro, el teniente dio rienda suelta a aquella especie de mal humor que le había acometido al ver a la señorita Krabb. Dijo ásperamente:

—¿Por qué se fía de ella?

—Yo no me fío ni me dejo de fiar. La he conocido esta noche.

—Pues en su lugar no dejaría que me acompañara por una calle oscura. Ni estaría a solas con ella en una casa.

Mara Seymour se estremeció.

Y sintió que otra vez se encendían y se apagaban en su cerebro aquellas lucecitas rojas.

—¿Por…, por qué? —susurró.

—¿No sabe que es una asesina?

—¿Una… una asesina? Pero si lo fuera, estaría en la cárcel…

—Eso es lo malo —dijo malhumorado Hunter—, que la absolvieron por falta de pruebas. Pero yo estoy seguro, absolutamente seguro, de que ella mató a Jim Larsen.

Mara se estremeció de nuevo.

—¿Jim Larsen? —balbució.

Aquel nombre no le era desconocido. No, no le era desconocido de ningún modo, aunque no lo hubiera recordado caso de no mencionarlo el teniente. Jim Larsen había sido ayudante de tío Fred en los negocios de éste. Juntos explotaban una patente química que el propio Jim había ideado. Una vez tío Fred le escribió hablándole de aquel joven, diciéndole que era una especie de brujo porque hacía maravillas y añadiendo que juntos ganarían mucho dinero. Luego no volvió a mencionárselo. Lo que no sabía la muchacha era que Jim Larsen hubiera muerto.

—¿Qué quiere decir? —susurró.

—Creí que lo sabía.

—No, no sabía nada.

Miró con atención a Hunter. Con atención y miedo.

—¿Qué quiere decir? —susurró.

—Creí que lo sabía.

—No, no sabía nada.

Hunter sacó de un cajón una ficha y se la mostró. En ella estaba la foto de un hombre joven, bastante guapo, de unos treinta años. Su mirada era inteligente y tenía expresión ambiciosa. Seguramente, al natural, había sido un hombre que llamaba la atención.

—Éste era Jim Larsen —dijo el teniente—. Irene Krabb, que acababa de entrar como ama de llaves, se enamoró de él. Parece que, de todos modos, Jim la envió al cuerno porque picaba más alto. Y además, Irene Krabb era más vieja que él, qué demonios. Esas cosas también cuentan. Ella se sintió despechada y lo mató.

—Lo dice usted con una sencillez que parece como si fuera cierto —susurró Mara.

—¡Claro que es cierto! Todos los policías del estado lo sabemos, pero los jueces no. Se les vio disputar muchas noches. Ella le había amenazado de muerte. Le seguía. Llegó a ofrecerle dinero. La noche en que desapareció Jim Larsen, ella no pudo presentar ninguna coartada. Era la asesina redonda, perfecta, ideal. La detuve con mucho gusto, pero no pude ni llevarla ante el jurado.

—¿Por qué?

—El cadáver de Jim Larsen no apareció jamás. Yo sé que murió, pero oficialmente no está muerto.

Mara hundió la cabeza.

Sentía frío hasta en la raíz de los cabellos.

Otra vez los muertos que desaparecían. Otra vez los muertos cerrándole el camino. Desde que subió a bordo del barco japonés, toda su ruta había estado siniestramente tapizada de muertos.

—No hablemos de eso, por favor —suplicó.

—¿Y por qué no? A usted le interesa saber qué personas tiene en su casa, puesto que legalmente la casa ya es suya.

—Quizá Jim Larsen no murió.

—¿Y no ha vuelto a aparecer al cabo de dos años? Je, je… No me diga.

—Quizá Irene Krabb no acabó con él.

—No, ya sé que legalmente no acabó con él, puesto que sin cadáver no hay crimen, pero este asunto no lo he olvidado y sé que algún día cometerá una distracción y la atraparé. Ella también lo sabe. Aquí nadie engaña a nadie. Pero como los asesinos siempre vuelven al lugar del crimen, yo tengo la absoluta confianza de que caerá en mis redes. Acabará en la cárcel por el asesinato que cometió, se lo juro.

A Mara le pareció que el teniente Hunter era un hombre muy elemental y de escasa inteligencia uno de esos hombres que sólo sirven para detener a los rateros y a «los sospechosos de costumbre». En Mayden podría servir tal vez, pero de allí no saldría nunca. De modo que se descorazonó antes de hablar, porque supo que él nunca resolvería su caso.

Pero de todos modos, susurró:

—Ha desaparecido el cadáver de tío Fred.

Y le explicó lo sucedido. No omitió incluso que lo había visto luego conduciendo su «Mercedes». Hunter la escuchó al principio con atención, pero progresivamente clavó sus ojos en ella de una forma extraña, como si pensara que estaba hablando con una loca.

Al fin musitó:

—¿Puede esperarme un momento fuera?

—¿Es que no me cree? —preguntó Mara.

—¡Oh, naturalmente que la creo! —murmuró el teniente con demasiado entusiasmo para ser verdad—. Pero salga un momento, salga. Necesito hacer una llamada.

Mara salió.

Volvía a sentir aquella espantosa impresión de soledad, de miedo. Todo le parecía irreal, todo le parecía absurdo. Hubiera deseado que la tierra se la tragase.

Permaneció quieta en una antesala. Estaba sola. La señorita Krabb, por lo visto, aguardaba en otro sitio.

Al cabo de unos diez minutos, el teniente Hunter reapareció. Clavó en ella una auténtica mirada de toro al que han dejado suelto.

—He telefoneado a Nueva York —dijo con su habitual falta de tacto—, porque

todo esto me ha parecido tan absurdo que he pedido informes de usted. Y según parece no son buenos.

—¿No son buenos? ¿Por qué?

—Verá, amiga mía… Querida chiquilla… Usted necesita quizá atención médica. Me han dicho que usted preguntó anoche por un barco que no existe.

—¡Existe! —saltó Mara bruscamente—. ¡Existe y estaba en el puerto de Nueva York! ¡Iba lleno de muertos!

—Claro, claro… Naturalmente que iba lleno de muertos —dijo Hunter como si hablase con una criatura—. ¿Quién puede dudarlo? Pero ahora dejemos esa tontería y permita que la atienda el doctor Evans. El doctor Evans es nuestro psiquiatra.

Mara se puso bruscamente en pie.

—¡No estoy loca! —gritó—. ¡No estoy loca…!

—Claro que no lo está, pequeña… ¿Quién dice lo contrario? Pero eso ya se lo explicará al doctor Evans, querida mía.

A Mara le horrorizó aquella condescendencia. Aquel tono con que la trataban, como si fuera una niña.

Hunter pensaba que estaba loca.

¡Y que era ella la que había ocultado el cadáver!

Todo aquello la hundió moralmente. Estuvo a punto de gritar. Pero un ser humano encuentra precisamente sus auténticas fuerzas en los momentos de apuro, de modo que la muchacha se serenó al instante. Si se dejaba dominar por el pánico, estaba perdida.

—Trabajo en el *Newyorker* —dijo—. No soy una cualquiera. Conozco mis derechos y sé que no puede retenerme aquí.

—Pero usted ha cometido un delito…

—¿Ocultar un cadáver es un delito? —preguntó ella, dispuesta ya a seguir el macabro juego.

—Claro que lo es. Un delito contra la salud pública.

—Lo ignoraba.

—Pues vaya aprendiéndolo, nena.

—Muy bien. En ese caso, demuestre que lo he escondido yo. Y me temo que, como Jim Larsen, también se va a encontrar sin cadáver, señor Hunter. Es una lástima. ¡A usted que le gustan tanto…!

Estaba rabiosa.

Salió a la calle como un meteoro, sin preocuparse de nada más. De pronto, oyó unos pasos que la seguían.

Irene Krabb estaba tras ella.

—Señorita Seymour…

Ella se volvió. La mirada de Irene Krabb era recelosa.

—¿Qué le ha dicho? —preguntó—. ¿Qué le ha llegado a contar ese bestia?

—Nada de interés.

—No mienta. Le ha contado que yo maté a Jim Larsen, ¿no? Puede decirlo tranquilamente porque lo sé. Hunter lo va contando a todo el mundo.

—Bueno, y si me hubiera dicho eso…, ¿qué?

—Sería una lástima que usted lo hubiese creído, señorita Seymour. Una lástima principalmente para usted.

La mirada de Irene Krabb era amenazadora. Era dura y metálica. Mara la sostuvo con desafío, pero pensó que al fin no le importaba aquello. Teniendo otras cosas tan graves en que pensar, ¿por qué había de ocuparse de lo de Jim Larsen?

Bajó la cabeza.

—No, no lo creo. Puede estar usted tranquila, señorita Krabb.

Cruzó la calle.

Y se dirigió a la casa.

Y fue entonces cuando lo vio otra vez. Cuando lo distinguió de la forma más normal del mundo, con esa naturalidad que hace que las cosas nos parezcan más horribles todavía.

Fred Seymour estaba apoyado en los cristales de una de las ventanas de la planta baja.

Quieto allí.

Mirándola.

CAPÍTULO VI

UN SOPLO DEL MÁS ALLÁ

Lo único que Mara recordaría más tarde fue que la calzada se acercó vertiginosamente a ella sin que se diera cuenta. En realidad, no supo que caía hasta que aquel golpe brutal en la frente la aturdió por un momento, haciendo que perdiera el sentido de la realidad. Confusamente sintió que la arrastraban y recobró del todo el conocimiento cuando estaba en uno de los sillones de la planta baja.

Era Olga la que la atendía.

Por lo visto, la había arrastrado ayudada por la señorita Krabb.

Esto la tranquilizó. De Olga podía fiarse. Después de beber un poco del licor que le daban, Mara susurró:

—¿No es cierto que el cadáver de tío Fred ha desaparecido?

—Sí, Mara, ha desaparecido —musitó la vieja.

—Entonces no estoy loca…

—¿Quién ha dicho que lo estás? ¿Has avisado a la policía?

—Sí.

—¿Y por qué no vienen aún?

—Hay un teniente que es una mula. Cree que soy yo quien ha ocultado el cadáver.

—Ese bestia… También cree que Irene Krabb mató a Jim Larsen, cuando lo cierto es que ella lo quería realmente. Hubiera sido incapaz de hacerle una cosa así.

La muchacha miró por encima del hombro de la anciana. La señorita Krabb estaba al otro lado de la habitación. No las oía.

—Olga… ¿qué puedo hacer?

—Márchate a Nueva York, Mara… Siento haber sido yo la que te trajo aquí. Vete.

—Te juro que no lo entiendo.

—Pero… ¿qué piensas tú de esa desaparición?

—Desgraciadamente no puedo irme, Olga… Soy la única pariente y debo afrontar las consecuencias.

—No lo interpretes así. El entierro no es hasta mañana a las nueve, de modo que tienes toda la noche. Más vale que te vayas a un hotel y descanses. O que te vayas a tu casa. Yo te llamaré.

—¿Tú…, tú te harás cargo de lo que suceda esta noche?

—Claro que sí. Mara.

—¿No tienes miedo?

—¡Pobre de mí! Te juro que no entiendo nada, pero a mi edad, ¿de qué voy a tener miedo ya?

Mara suspiró con infinito cansancio.

Estaba dispuesta a aceptar aquel ofrecimiento que la libraba de la terrible responsabilidad. Por lo menos la libraba por unas horas. Hundió la cabeza y musitó:

—Nunca te lo agradeceré lo bastante, Olga. Pero para mí sería terrible que corrieras algún peligro.

—Los peligros ya no me asustan a mi edad, y si los corro en tu lugar mucho menos. Anda, vete. Ya te telefonearé… Vete a tu casa y piensa sólo en descansar. Péinate un poco en el cuarto de baño… Lo tienes al final del pasillo.

La muchacha se levantó como un autómata.

Echó a andar.

El pasillo oscuro.

La puerta.

El cuarto de baño.

En seguida se dio cuenta de que la luz era cruda y metálica. Era una luz despiadada de depósito de cadáveres. Su imagen reflejada en el espejo estaba tan blanca que la muchacha sintió horror de sí misma. Sencillamente tenía el color de una muerta.

Se mojó la cara.

Y volvió a mirarse en el espejo.

Fue entonces cuando lo vio.

El muerto.

El muerto estaba allí, de pie tras ella. Se reflejaba en la luna del espejo que tenía a su espalda.

CAPÍTULO VII

LA MUERTE ES SUAVE, MUÑECA

Mara quedó clavada en el suelo.

Rígida.

Con las manos tan agarrotadas en el cuello que con sus propias uñas se dibujó unas líneas de sangre.

Sus ojos se enturbiaron. Mara supo que iba a perder el sentido.

Y no quería perderlo estando el muerto allí. ¡No quería! ¡No quería! ¡No quería!

De pronto se produjo un cambio fantasmal.

El muerto desapareció en silencio.

Y otra vez las lucecitas rojas se encendieron y apagaron en el cerebro de Mara.

La luz cruda.

La fría luz de depósito de cadáveres.

Mara tuvo que apoyarse en la pica del lavabo para no caer.

El silencio.

Los latidos ahogados de su corazón que amenazaba con pararse.

El cerebro de la muchacha, de todos modos, funcionaba y le enviaba su mensaje. La muchacha se dio cuenta de que había visto el cadáver reflejado en el espejo de la puerta porque la puerta se había movido a causa de una leve corriente de aire. Eso significaba que tío Fred se hallaba pegado a la pared y junto a aquella puerta. Y que aquello no era simplemente un armario sino algo más profundo: quizá un pasillo.

Al cerrarse la puerta había dejado ella de ver el cadáver.

Mara tragó saliva.

Sentía más que nunca el golpeteo angustioso de su propio corazón.

Fue hacia aquella puerta… ¡y la empujó!

Ñññññññeeeeec…

La puerta crujió como crujía todo en aquella casa. La muchacha vio un pasillo tenuemente iluminado por una luz espectral. Al fondo le parecía que brillaba una lucecita.

El cadáver no estaba allí.

Pero a ella le parecía verlo aún.

Con perfecto detalle.

Incluso con la cicatriz en la mejilla, que le marcaba profundamente.

Siguió avanzando.

El aire quieto.

El silencio.

Sólo el ruido quedo de sus pasos.

La lucecita al fondo.

La lucecita que parecía moverse.

El roce de sus dedos en la pared.

El…

¡Y de pronto aquel grito! ¡Aquel grito salvaje de muerte! ¡Y el cuchillo…! ¡La hoja de acero que buscaba su garganta…!

* * *

Mara no vio más que una sombra que venía hacia ella, una sombra que no supo si era de hombre o de mujer. Vio también la hoja de acero que iba a segarle el cuello de una atroz cuchillada.

Como en otra ocasión anterior, fue su instinto lo que la salvó sin que su pensamiento interviniera. Saltó hacia atrás, resbaló sobre la pared, dio otro salto y se encontró de nuevo en el cuarto de baño, con su luz despiadada y plomiza.

Todo eso había ocurrido en unos segundos.

Mara no había llegado a pensar en nada.

Había sido como un sueño.

Cerró aquella puerta, que tenía una llave, y respiró afanosamente. Ahora, de pronto, sus rodillas vacilaron. Tuvo que hacer un esfuerzo terrible para no caer.

Supo que si caía allí estaba en peligro.

Podían derribar la puerta.

Quien fuera… ¡podía matarla aún!

Poco a poco volvió sobre sus pasos.

La casa parecía espantosamente vacía.

No se veía allí a la señorita Krabb. No se veía allí a Olga.

Lo cual significaba que cualquiera de las dos… ¡podía haberla atacado! Incluso Olga.

Pero no quiso pensar en eso.

Fue hacia el garaje, dominando su miedo. Recordó que no tenía coche. La luz amarilla le mostró el «Mercedes» silencioso, hermético, el solemne coche que ya antes le había parecido un panteón.

Se acercó temblorosamente.

Vacío. Todo en orden.

La llave de contacto.

La sensación de muerte.

Porque ella… ¡acababa de sentarse en el sitio donde vio sentado el cadáver de Fred Seymour!

El volante le produjo una impresión glacial, pero se dominó. Dio al contacto y salió poco a poco a la calle. Todo normal.

Abandonó la población.

La tensión espantosa de sus nervios se iba relajando.

Todo normal, normal…

De pronto se estremeció hasta la médula de los huesos. ¿Y si… y si llevaba el cadáver en el portamaletas?

Frenó y saltó como movida por un resorte. Abrió el capó posterior. Pero no. Todo estaba en orden. En el portamaletas no se encontraba más que la rueda de recambio y otras cosas sin importancia.

Respiró aliviada.

Al fin todo volvía a ser normal… Al fin podía pencar que no estaba loca…

Pero de repente otra vez el Más Allá se puso en contacto con ella. De repente volvió a ocurrir aquella cosa inexplicable.

Mientras estaba cerrando el capó posterior… ¡oyó aquel rugido a su espalda!

¡Un coche se estaba precipitando sobre ella!

¡Iba a aplastarla!

Otra mujer menos joven o menos ágil hubiese muerto allí mismo, sin apenas darse cuenta de lo que sucedía. Pero Mara tenía los músculos de una atleta y se movió a tiempo. Como no podía ni echarse a un lado, brincó sobre la tapa del portaequipajes, haciendo una exhibición de piernas que hubiese mareado a cualquier conductor distinto del que se le venía encima.

Lo vio confusamente. Era un «Ford Granada».

Efectivamente, iba a aplastarla contra la popa del «Mercedes». Al ver que Mara saltaba a tiempo, el conductor frenó bruscamente, pero no pudo evitar el brutal choque. En la calle solitaria se oyó un «plaaanc» estruendoso.

Pero como el «Ford Granada» es un gran coche y el «Mercedes» (¿quién lo duda?) también lo es, no ocurrió nada importante. Haciendo marcha atrás y con una profunda abolladura, el «Ford» se despegó. Como ya se había arriesgado demasiado y por la calle podía pasar alguien, no quiso insistir. Inmediatamente dio gas y se perdió entre las sombras.

Pero Mara tampoco se quedó quieta.

Por dos veces en pocos minutos habían intentado matarla, y si en la primera ocasión no vio nada, ahora sí que veía. Su frustrado asesino estaba en un «Ford Granada» que iba delante. Ella disponía de un magnífico «Mercedes». ¿Quién decía que iba a escapársele?

Con sólo las luces de posición, empezó a perseguirlo. Al principio el del «Ford» debió darse cuenta, pero cuando se metieron entre el intenso tráfico ya debió perderlo. Mara, en cambio, no lo perdió. Por el parabrisas se ve bastante mejor que por el espejo retrovisor.

Dejaron atrás el estado de Connecticut.

Entraron en el de Nueva York.

Seguían metidos en el inmenso tráfico y a poca velocidad, a unas cincuenta

yardas uno de otro.

Penetraron en Manhattan.

Y en un callejón de la Calle Treinta y Nueve, junto a la Octava Avenida, el «Ford Granada» se estacionó tranquilamente. No se había dado cuenta de que le seguían, y si se había dado cuenta lo disimulaba muy bien. Los gestos del hombre que descendió eran confiados y perfectamente naturales.

A causa de la distancia y la penumbra, Mara no pudo reconocerlo. Pero sin duda era un hombre, no una mujer disfrazada. La muchacha apagó las luces de situación y se estacionó en la misma acera, a unas treinta yardas, pues en Nueva York no hay problemas de aparcamiento a partir de las nueve de la noche.

Se acercó al sitio donde el hombre había entrado.

Era un restaurante típico.

Las luces de la entrada se encendían y se apagaban incesantemente: Indonesian Meáis, Indonesian Meáis, Indonesian Meáis. En fin, allí servían comidas indonesias. Mara decidió ser valiente, reunió todas sus energías, apretó los labios y entró.

Nada tan acogedor como aquello.

Nada tan normal.

Sonaba una música suave.

Sólo había dos clientes.

Pero ni rastro del hombre que acababa de entrar.

Un respetuoso maître se acercó a la muchacha.

—¿Desea cenar, señorita?

—¿No es algo tarde?

—Oh, no… Servimos día y noche. Sea bienvenida.

Le había retirado una silla para que tomara asiento. Mara, todavía con el sabor de la muerte en la boca, susurró:

—¿No ha entrado un hombre aquí hace poco?

—Oh, no, señorita.

—¿Seguro?

—Seguro, señorita.

Mara pensó que esta vez no la engañarían. Ella no estaba loca, a pesar de que en su cráneo seguían encendiéndose y apagándose aquellas lucecitas rojas.

Iba a quedarse allí hasta averiguar lo que sucedía.

—De acuerdo —dijo—. Sírvame algo de cenar.

—Naturalmente, señorita. A sus órdenes.

Le mostraron una carta tan adornada que parecía un título nobiliario. Había allí nombres tan raros que Mara no los entendió. Pero se fijó bien porque le horrorizaba la idea de pedir carne.

—Pescado —pidió sin concretar—. Algo de pescado.

—Oh, claro, señorita… Tenemos un rodaballo que es especialidad de la casa. ¿Le gusta muy hecho?

—Sí, muy hecho. Y para beber tráigame un vino que esté acorde con el pescado. Puede elegirlo usted mismo.

Cuando el maître se hubo retirado, la muchacha se puso tensa.

Lo vigilaba todo.

Estaba atenta a los menores movimientos de los clientes, que comían con la mayor naturalidad. Por lo que pudo ver, no pagaron en el acto, al terminar, sino que firmaron una nota. Eran abonados. En uno de los platos quedó un hueso que a Mara le pareció un hueso humano. Pero estaba tan trastornada que ya no quiso ni pensar en eso.

Se impacientó.

La estaban haciendo esperar demasiado.

Nunca hubiese imaginado que la cocina indonesia fuera tan detallada, tan lenta, tan para *connaisseurs*.

Por fin le trajeron unos cubiertos de plata con la comida. Había una gran masa de algas, gelatina y verduras que lo tapaba todo. Debajo debía estar el rodaballo.

La muchacha comió un par de aquellas algas.

Estaban buenas.

La verdad era que ahora sentía apetito. Llevaba veinticuatro horas, sin comer; de pronto lo recordó. Apartó las verduras y las algas y se dispuso a cortar el rodaballo.

Su cuchillo resbaló por encima.

Un momento.

Un tenso y dramático momento.

Porque en seguida se dio cuenta de que… de que aquello no era pescado.

Era carne. Era un pedazo redondo de carne finamente cortado, macerado y hervido. Despedía un cierto olor a vino aromático. Estaba condimentado con hierbas.

Hubiera podido pasar por un pedazo de carne normal, hecho a la usanza indonesia.

Pero los ojos de Mara estaban posados en un solo punto.

Aquella línea profunda y larga.

La línea que hundía la carne.

Era una cicatriz.

Una cicatriz…

Una cicatriz…

Las lucecitas se encendieron y apagaron. Las lucecitas rojas en el cerebro de Mara.

La muchacha la recordaba perfectamente.

Era la del cadáver de Fred Seymour.

La había visto poco antes.

Le habían dado para comer, limpia y bien condimentada… ¡la mejilla del muerto!

CAPÍTULO VIII

ESPECIALIDADES INDONESIAS

Mara dejó caer el cuchillo.

Sintió que las algas que había comido le subían hasta los ojos. Alzó la servilleta para cubrirse la boca, tuvo una terrible arcada y escupió. Hasta el fondo de sus vísceras le quemó como si en ellas hubieran derramado ácido sulfúrico.

Todo su cuerpo estaba tenso.

Sentía una agonía que llegaba desde sus mismas células. Algo la estaba destruyendo por dentro.

Pero, como la otra vez, sacó fuerzas de flaqueza en aquella situación desesperada. Con paso maquinal se dirigió a la cocina.

El maître estaba en la puerta.

No impidió que entrara.

Más bien se diría que lo estaba esperando.

La muchacha atravesó aquel umbral. Vio las cocinas limpias y espantosamente vacías. Sobre una bandeja había un pobre can despellejado. Y entonces recordó Mara con un espasmo que en ciertos sitios de Oceanía son muy aficionados a la carne de perro.

Pero no fue eso lo que la dejó helada.

Fue el ver al único hombre que había aparecido allí.

Sus facciones se tensaron.

Lo había visto una vez.

Era el indonesio que había tratado de matarla ya…

¡El que había tratado de degollarla en las bodegas del *Kosi-Maru*!

* * *

Hay veces en que los pensamientos son tan rápidos que llegan a producir un verdadero *shock*. Hay momentos en que uno piensa las cosas con una velocidad de vértigo: cosas que quizá antes no se le hubieran ocurrido. Y eso fue lo que pasó entonces con Mara.

Se le ocurrió que aquel cargamento de muertos que iban en el barco japonés estaban destinados a las cocinas del restaurante indonesio. Sus clientes, todos abonados, ya debían estar en el secreto y apreciaban la carne humana finamente cortada y condimentada con vinos olorosos y con suaves hierbas. Y habían robado el cadáver de tío Fred… ¡para comérselo! ¡Para servirlo como una fina especialidad

indonesia!

Todos esos pensamientos le produjeron un vértigo atroz.

La hundieron en una sima sin nombre, en la sima inacabable del Más Allá y de la nada.

El hombre de la chaquetilla blanca, que ahora iba vestido de calle (con las ropas del conductor del «Ford Granada», según recordó ahora ella) la miró, pero no como se mira a una mujer. Contempló sus curvas como si apreciara la cantidad de carne de primera calidad que había en ellas. Miró sus nalgas como si pensara en lo blandas que podían ser una vez partidas en finas lonjas. Y hasta paseó la mirada por sus pechos, no para admirar su armoniosa línea, sino quizá pensando en el jugo que podían dar una vez ingresados en el horno.

Mara sintió aquella mirada como una auténtica quemadura.

Nunca la habían contemplado así. Nunca la habían medido como se mide a una res. Nunca había pensado que sus curvas fueran simplemente eso: quilos de buena carne.

Se imaginó a sí misma en los platos de los indonesios.

De los clientes abonados.

Y no pudo ni gritar. Acorralada en la pared, sintió el frío del cuchillo en sus entrañas. Sintió que ya no podía escapar, que iban a abrirla en canal como a un cordero.

El indonesio emitió una risita suave.

Y movió el cuchillo hacia su vientre.

Con un golpe de delicado matarife, con un golpe de carnicero fino que sabe que según qué piezas (las preferidas por los clientes gourmets) no deben estropearse al cortarlas.

CAPÍTULO IX

RIÑONES AL JEREZ

En cambio no fue nada suave, no fue nada fino, no fue de gourmet el golpe que recibió aquel tipo en plena cara antes de que pudiera hundir el cuchillo en la delicada carne de Mara Seymour.

Fue, al contrario, un golpe salvaje.

Un golpe barriobajero.

Un golpe de esos que le ponen a uno el estómago dentro de las botas.

El indonesio cayó sobre la bandeja del perro desollado. Sus facciones se habían teñido de sangre.

Mara volvió violentamente la cabeza.

No podía creerlo.

Gimió:

—¡Key!

En efecto, era Key el que había entrado de pronto en las cocinas. Key, el herido que se había fugado sin duda de la clínica para seguirla. El periodista que poco antes le había dicho por teléfono unas cosas que ella no hubiese querido oír.

El indonesio trató de atacar con el cuchillo.

Sus dientes chirriaban.

En sus ojos había una mirada desesperada y salvaje.

Pero Key no era un novato. Si bien tenía una pierna herida, conservaba en cambio el juego de cintura y la fuerza demoledora de sus brazos. Esquivó a su enemigo, le largó un terrible directo y luego, comprendiendo que tal vez no podría esquivar la próxima acometida, tomó un cuchillo de los que había en la cocina.

El indonesio volvía en ese momento.

Atacaba desesperadamente otra vez.

Key le dio un salvaje golpe con la izquierda, le hizo girar brutalmente y luego, sin dudarlo, le apuñaló.

El gesto de agonía del indonesio no lo olvidaría Mara jamás. El tipejo se retorció mientras se llevaba la mano a la herida. Key miró al caído, que se debatía en los últimos espasmos, y dijo a Mara tomándola por un brazo:

—Vamos.

El maître seguía en la puerta.

Pero doblado sobre una silla.

Sin sentido.

Sin duda Key le había dado sus recuerdos antes de entrar.

Salieron los dos.

Mara era como su propia sombra.

No sabía ni dónde estaba.

Key la introdujo en su pequeño «Corvette» deportivo y se alejaron de allí a gran velocidad dejando abandonado por el momento el «Mercedes». Rodaron hasta la Avenida Doce sin que Mara se atreviese a hablar. Al fin, con un soplo de voz, preguntó:

—¿Cómo… estás aquí?

—Me fugué de la clínica. Me di cuenta de que ya podía moverme y eso bastó.

—¿Me has seguido?

—Sí.

—¿Por qué?

—Me supo mal lo que te dije anoche. No pude dormir de arrepentido que estaba. Me parecía imposible que tú hubieras mentido para meterme en un lío, de modo que me desvelé y me puse a hacer averiguaciones.

—¿Qué has sabido?

—Tengo amigos en los muelles. Rateros, gandules, prostitutas, borrachos y gentecita así. He telefoneado a unos cuantos y todos me han dicho lo mismo. La policía y los bomberos, así como las casas de seguros, no sueltan prenda, y niegan sistemáticamente lo del *Kosi-Maru*, pero mis informantes me han dicho que, en efecto, hubo un incendio en los muelles y que las llamas se tragaron a un barco. No dejaron acercarse a nadie. Ni dieron una nota a la Prensa. Al contrario. Estoy seguro de que si un periodista se hubiese acercado le habrían echado a escupitajos y a tiros de revólver. Tantas precauciones me escaman, y en este momento estoy dispuesto a apostar la piel a que me dijiste la verdad. Ese buque existe. Estuvo en Nueva York.

Rodaban ahora a poca velocidad para poder hablar más tranquilamente. Mara susurró:

—Tengo millones de preguntas para ti, Key. Pero empezaré con ésta: ¿Qué hiciste luego?

—Una vez sabido esto, decidí largarme de la clínica, pero antes te llamé a ti. Como no contestabas, llamé al conserje de la casa. Me dijo que habían venido a buscarte por algo de una defunción. Como yo sabía que no tenías más pariente que tu tío Fred Seymour, pregunté al periódico por la relación de difuntos del día. Y en efecto, allí estaba: Fred Seymour. Tuve que perder bastante tiempo para largarme de la clínica sin que los médicos lo notaran, y entonces fui a la ciudad de Mayden. Cuando llegué, tú te largabas en un «Mercedes». Te seguí.

—¿Te diste cuenta de que… intentaban matarme?

—Sí, pero desgraciadamente yo estaba algo lejos y no podía ya hacer nada, para evitarlo. Cuando te salvaste sentí como si yo mismo hubiera vuelto a nacer. No puedes imaginarlo. Entonces te seguí hasta el restaurante y me quedé en la puerta.

—¿Qué esperabas?

—Me mantenía vigilante porque estaba seguro de que correrías más peligros.

Cuando vi tu gesto de espanto y que te dirigías a las cocinas, decidí intervenir.

—Pero… has matado a un hombre. ¡Has matado a un hombre, Key! ¡Y lo has hecho por mí!

La muchacha temblaba. Prorrumpió en un sollozo.

De pronto, ahora que no corría peligro, las fuerzas la abandonaron y quedó postrada en el asiento.

—Lo explicaré en la policía —dijo Key—. No creas que vayan a enchironarme por eso. Y menos sabiendo quién era ese tipo.

—¿Quién… era?

—El hermano del dueño de ese restaurante. Por eso todos le han obedecido y le han dejado trajinar a su gusto.

—Bien, pero no has contestado del todo a mi pregunta. ¿Quién era?

—Sin duda el cocinero del barco japonés —dijo Key lentamente—. Y un auténtico experto en carne humana.

CAPÍTULO X

NO VUELVAS A AQUELLA CASA

Habían subido con el «Corvette» hasta el punto de Manhattan en que se encuentra el mausoleo del general Grant y de su esposa Julia. No se daban cuenta de nada. Por lo menos Mara Seymour no sabía ni dónde estaba. Vela las luces, los faros, los semáforos, los anuncios luminosos como si pertenecieran a otro planeta. La voz de Key también pareció llegarle desde muy lejos cuando él susurró:

—Ese hombre, si es en efecto el cocinero del barco japonés, como creo, se llamaba Serno. Conozco el nombre porque llevo en mi coche un registro completísimo de todos los mercantes que han tocado alguna vez los puertos de Estados Unidos, con la lista de sus tripulantes fijos. El restaurante donde tú has entrado también está a nombre de un tal Serno, por lo que deduzco que eran hermanos.

—¿Y cómo sabes que… que es un experto en carne humana?

—He visto al pasar el plato que tú habías dejado sobre la mesa, muchacha. Me he fijado bien en él.

—¿Y… y qué?

—No me gusta decírtelo, Mara.

—Ya me lo puedes decir. Supongo que los dos estamos pensando lo mismo: se trataba de una mejilla humana.

—Pues… pues sí —confirmó él—. Y es algo tan monstruoso que no entra en mi cabeza.

—Entonces haz que entre. Haz que entre, Key, porque aún te falta saber lo peor: esa mejilla humana pertenecía a mi tío Fred.

Y la muchacha, con voz trémula, explicó todo lo que había sucedido. Contó con detalle que había visto un barco con las bodegas repletas de muertos. Contó que Serno ya había tratado de matarla allí, al descubrir ella que cocinaba con restos humanos. Contó la desaparición del cuerpo de Fred Seymour y todo lo que había ocurrido, en fin, hasta que él vio cómo estaban a punto de aplastarla contra el «Mercedes».

Cuando terminó de hablar, su voz era apenas un susurro.

La muchacha tenía los nervios completamente destrozados.

Pero, después de aquellas palabras, no podía decirse que Key se sintiera mucho mejor. Había tenido que parar el coche porque sus movimientos eran inseguros. También a él debía parecerle que los faros, los semáforos y las luces eran algo de otro planeta.

Había palidecido.

—¿Es posible todo eso? —susurró.

—Y tan posible… Ya has visto que, de no ser por ti, en estos momentos ya estaría muerta.

Él encendió un cigarrillo.

Intentaba tranquilizarse, pero al parecer le era difícil. A la luz del fósforo, sus facciones adquirieron un matiz espectral.

—Ese tal Serno —musitó— debe ser un maníaco. Quiero decir que «debía serlo», puesto que ya está muerto. Aunque tal vez no sea un maníaco, después de todo. En Nueva Guinea y también en algunas pequeñas islas de Indonesia era costumbre hasta hace muy pocos años comer carne humana. Cuando los japoneses invadieron esos lugares durante la Segunda Guerra Mundial, tal costumbre ya estaba casi eliminada, pero las hambres que ocasionan todas las guerras volvieron a reproducirla. Y casi estoy por asegurar que en la actualidad las cosas no deben ir mucho mejor. Los actuales gobernantes de Indonesia han matado entre doscientas y cuatrocientas mil personas para reprimir lo que ellos creían una revuelta de tipo comunista. Supongo que en muchas comarcas hay gente refugiada, hay hambre y por tanto se consume carne humana. Estoy convencido de que los gourmets especializados de ese restaurante en que estuviste, no sólo se deleitan con la carne de perro, sino que de vez en cuando consumen ciertas partes del cuerpo humano que les deben parecer deliciosas. Serno, el cocinero del barco japonés, debía tener los mismos gustos. Es muy probable que la sopa que se estaba preparando con una cabeza de hombre fuera para su consumo personal, pero al darse cuenta de que le habías descubierto temió que le acusaran de algo muy grave e intentó matarte. Hoy ha repetido la jugada. Estaba seguro de que acabarías entrando en las cocinas.

—Pero… ¿cómo cortó aquel pedazo de la mejilla del cadáver? —Susurró la muchacha con un estremecimiento.

—Eso es lo que necesito saber, Mara. Necesito saber también qué es lo que pasó con el cadáver de Fred Seymour y qué es lo que se esconde detrás de tantas cosas inexplicables. Para ello es necesario que me dejes actuar a mí y no vuelvas a aquella casa.

—Olga, la antigua ama de llaves, ha convenido conmigo en que me llamaría a mi apartamento en cuanto averiguase algo —protestó la muchacha—. Por lo tanto, según lo que ella me diga, deberé volver.

—Antes déjame actuar a mí. Vamos, vuelve a casa.

—¿Vas a presentarte a la policía?

—Sí.

—¿A qué crees que se debe la existencia de aquel barco lleno de cadáveres?

—Te juro que no Io sé, pero esta misma noche trataré de averiguarlo.

—¿Y si no te entregases, Key? ¿Y si dejaras pasar in tiempo?

—Imagino que sería peor. Entonces me buscarían y no creerían que maté en legítima defensa, como sin duda creerán ahora.

Había vuelto a poner en marcha el «Corvette» y se dirigían ambos al domicilio de Mara Seymour. Cuando la muchacha llegó allí, tuvo otra vez una brusca sensación de irrealidad. Le parecía que todo había sido un sueño y que otra vez la mano misteriosa que la golpeó para robarle la máquina fotográfica volvería a atacarla. En contra de su costumbre, volvió a beber un fuerte trago de *whisky* y ofreció otro a Key.

—¿Qué vas a hacer ahora? —musitó.

—Lo primero de todo, presentarme a la policía. Una vez les haya convencido de que es verdad lo que ocurre, iré a Mayden con un par de agentes especializados. Verás cómo en seguida averiguamos lo que pasa.

Mara no se sentía muy convencida. Estaba más bien pesimista.

Pero comprendía que, después de todo, aquel pían era el más razonable.

Cuando quedó sola, sintió otra vez el frío de la muerte en los huesos.

Cerró la puerta con el seguro. Cerró las ventanas. Lo cerró todo.

Y aun así notó la presencia insidiosa de la noche entrando en sus habitaciones. Notó el peso del silencio. Y le pareció que aquel silencio era roto por pasos furtivos que se acercaban a ella.

Siguió bebiendo *whisky* hasta que se derrumbó sobre la cama. Después de todo, pillar una pequeña borrachera no era en aquellos momentos lo peor que podía ocurrirle.

* * *

Al salir de allí, Key se dirigió directamente en su «Corvette» a la jefatura de la policía portuaria. Eran ellos quienes debían saber todo lo referente al misterioso buque japonés, punto del cual deberían partir todas las restantes investigaciones. Por el momento no ligaba nada, pero estaba seguro de que aquella misma noche los cabos empezarían a unirse.

El jefe de la Brigada Portuaria estaba a aquella hora en su despacho. No era normal. Tampoco era normal la sonrisa de perro hambriento con que saludó a Key.

Le conocía bien. Demasiado bien.

No en vano Key era el informador que más conocimiento tenía sobre los asuntos del mayor puerto del mundo.

—¿Qué le trae por aquí, chupatintas? —masculló—. ¿No había tenido un accidente? ¿No estaba herido? ¿No iba a diñarla? ¿No íbamos a tener el gusto de ir a sus funerales la semana que viene? ¡Pues no nos deje con la miel en los labios, cuerno! ¡Muérase!

Key se encogió de hombros ante la andanada, mientras se sentaba tranquilamente al otro lado de la mesa. Encendió un cigarrillo y murmuró:

—Vengo a hablarles de un buque japonés. Vengo a hablarles de un buque que, según ustedes, no existe.

—¿Qué tontería es esa?

—El *Kosi-Maru* se incendió anoche en los muelles de Hoboken. Quiero saber por qué se guardó en secreto.

—Porque no se produjo. Ésa es la única razón: No sé de qué diablos de buque me está hablando, Key.

El periodista se arrancó el cigarrillo de los labios y apuntó con él al jefe de la policía portuaria.

—Oiga, amigo, con todos los respetos le aseguro que este asunto va a traer cola. Yo le juro que…

No llegó a decir nada más.

No se dio cuenta de lo que había sucedido.

Cuando aquel impacto brutal se abatió sobre su nuca y le hizo deslizarse hasta el suelo, Key no había oído nada. No se había dado cuenta de que una figura alta, silenciosa, fornida, se le acercaba por la espalda.

Mara hubiera podido recordarlo. Hubiera podido atar cabos. Mara hubiese podido decir: «¡Éste fue el que me golpeó a mí también!».

Pero la muchacha no estaba allí para decirlo. No estaba allí tampoco para enterarse de que Key ya no podría ayudarle, de que Key, en cierto modo, ya no existía.

CAPÍTULO XI

UN GRITO EN LA DISTANCIA

¡Riiiiing! ¡Riiiiiiing!

El timbre estaba sonando en el apartamento de Mara Seymour. Era el teléfono. La muchacha dejó caer precipitadamente al suelo la carta que había estado leyendo y se dirigió al aparato.

Todo seguía teniendo para Mara una fuerte sensación de irrealidad.

No sabía cuánto tiempo había estado dormida a causa del *whisky* que llegó a ingerir.

El caso era que se había despertado con esa pesadez que deja la resaca. Se había dado una ducha para despabilarse y a continuación se había puesto a leer la última carta de tío Fred, que aún conservaba. En ella le hablaba precisamente de Jim Larsen:

> *«Es un verdadero genio… Su talento asombrará al mundo… Lo único que me disgusta de él es que fuma cigarros holandeses, cuyo aroma a mí no me agrada en absoluto, y que bebe vodka. No soporto el alcohol».*

Pero eso no tenía ningún interés.

La muchacha no descubriría jamás lo ocurrido enterándose de lo que bebía y fumaba un hombre que ya estaba muerto, como Jim Larsen.

Descolgó el aparato.

Pensaba que sería Key.

—Diga…

La voz asustada de Olga la sobresaltó.

—Mara…

—Buenas noches, Olga. Dígame… No imaginaba que fuera usted.

—Son las cinco de la madrugada, Mara. ¿Estás bien?

—Sí, claro que estoy bien. ¿Pero cómo funciona el teléfono? ¿Lo han arreglado ya?

—No, no lo han arreglado. Yo te llamo desde una cabina pública que hay cerca de la parte trasera de la casa, para que nadie me oiga.

—¿Por qué? ¿Por qué, Olga? ¿Qué pasa?

—He averiguado algo increíble, Mara.

—¿Qué es… eso increíble?

—Pues…

La voz de Olga, en la distancia, había sido un susurro. Sin embargo, se oyó perfectamente. Como también se oyó perfectamente aquel golpe y aquel grito

ahogado que llegó a través del micro.

Todo aquello repercutió en el cerebro de Mara.

Sintió como si el golpe lo hubiera recibido ella misma.

Y alguien colgó entonces delicadamente al otro lado del cable. El «chask» cortó la comunicación.

Colgó también.

Estaba tan aterrorizada, que ese fue el único gesto maquinal que pudo hacer. Luego se quedó rígida, inmóvil junto a la mesita, perdiendo la noción de sí misma y la noción del tiempo.

Todo daba vueltas en torno suyo.

Tardó en reaccionar.

Al fin se rehízo un poco, buscó en la guía el número del Precinto de Policía más próximo y descolgó. No quería llamar a Mayden, al teniente Hunter, porque sabía que éste no le haría el menor caso. Aunque los policías de Nueva York no tenían el menor mando en el estado de Connecticut, la ayudarían de todos modos.

Y entonces vino la segunda y siniestra sorpresa.

Con su teléfono no se podía establecer ninguna comunicación.

La línea estaba cortada.

Mara sintió el sudor en las comisuras de sus labios.

Y el miedo a lo largo de la columna vertebral.

La habían dejado aislada.

La tenían incomunicada en aquel rincón de Nueva York como si se encontrase en otro planeta.

Poco a poco, con movimientos maquinales, se vistió, tras asegurarse de que puertas y ventanas estaban bien cerradas y nadie podía entrar. Cuando estuvo lista, tragó aire angustiosamente.

Ahora tenía que decidirse.

Tenía que salir.

¡Tenía que enfrentarse a lo desconocido en las tinieblas de la escalera!

No supo por qué, imaginó que allí estaría esperándola el cadáver de tío Fred.

Un cadáver sin mejilla…

Tragó saliva.

Su garganta estaba agarrotada.

¡Abrió!

Las tinieblas.

El silencio.

Aquellos relieves en la escalera que le eran conocidos. Aquellas sombras que normalmente hubiera sabido identificar, pero que esta noche le parecieron distintas.

Pulsó el botón que encendía las luces. Respiró con ansia. Todo estaba quieto y tranquilo. No había nadie.

Llamó al ascensor.

Y mientras la caja subía, pensó con horror en lo que había hecho. Porque ahora estaba segura de que el asesino subía en el ascensor. Estaría allí… ¡Vendría a por ella!

Pensó huir, descendiendo a pie por las escaleras, pero los músculos no la obedecían. De pronto el ascensor se detuvo ante ella. Mara abrió las puertas con un estremecimiento, pensando que iba a encontrarse ante su propia muerte.

Nada. Silencio.

La caja estaba vacía.

Ya más tranquilizada, la muchacha descendió a la planta baja, salió a la calle, sobre la que aún no había empezado a amanecer, y se dirigió a la cabina pública más cercana. No pudo evitar un estremecimiento al recordar que a Olga acababan de matarla seguramente en una cabina de aquella clase. Pero tenía que decidirse y tenía que llamar a la policía. Una vacilación podía costarle cara.

Descolgó el aparato.

¡Y se dio cuenta de que tampoco obtenía comunicación!

¡También la línea estaba cortada!

Si a Mara la hubieran trasladado de repente a otro planeta, la muchacha no habría sentido de pronto tanto asombro y tanto miedo. Se sintió brutalmente aislada en la inmensa Nueva York. Le pareció de repente que se encontraba en una ciudad vacía.

Tomó entonces una decisión. Fue directamente al Precinto más próximo. Ya que no podía llamar, haría la denuncia en persona.

El sargento que estaba de guardia en el Precinto pareció no querer enterarse de nada. Mara siguió teniendo la misma sensación de irrealidad. La sensación de que el sol iba a salir por distinto sitio y de que ella se encontraba en otro planeta.

Naturalmente, no dijo nada de lo sucedido en el barco, ni en Mayden, ni en el restaurante indonesio, porque de eso se encargaba Key. Ella no quería correr el riesgo de explicar las cosas de otro modo, lo que podía perjudicar a su amigo. De modo que se limitó a decir que le habían cortado la línea, además de explicar lo sucedido con Olga.

El sargento la miró de hito en hito.

—¿Dice que se ha cortado la línea cuando hablaba con la ciudad de Mayden? Bueno…, ¿y eso es un crimen?

—¡A la mujer que hablaba conmigo la han matado! ¿Es que no lo comprende?

—De verdad no comprendo nada, señorita. Si no se explica mejor, yo no puedo cursar una denuncia. Y menos por una cosa ocurrida en el estado vecino. Haga la denuncia allí o llame al FBI si cree que es un delito federal. Buenas noches.

Era evidente que se la quitaba de delante.

Que se la sacudía de encima, vamos.

La muchacha tomó entonces una decisión peligrosa. Iría a Mayden. Hablaría otra vez con el teniente Hunter, si era preciso, hasta averiguar lo ocurrido a Olga.

Claro que así hacía imposible que Key se pusiera en contacto con ella, pues Key había quedado en llamarla a su apartamento. Pero todo tenía solución. Al notar que la

línea estaba cortada, él vendría.

La muchacha regresó a su apartamento.

Volvía a tener aquella angustiosa, aquella invencible sensación de miedo.

La sensación de que mil ojos la vigilaban desde las esquinas de la noche.

Pero no ocurrió nada, Io cual hizo que al fin se tranquilizase. Dejó junto al teléfono una nota escrita en la cual decía a Key que la tenían incomunicada y que volvía a Mayden porque la dominaba la sensación de que se había cometido un nuevo crimen. Luego salió.

Seguía sin ocurrir nada.

Mara recobraba la confianza cada vez más.

Fue al solar convertido en *parking* donde tenía su coche y lo puso en marcha. Aquel solar siniestro era un lugar ideal para que la matasen, pero nadie se acercó a ella. De pronto a Mara le parecía que todo volvía a ser normal, que las cosas volvían a tener la cara de siempre.

Pero se equivocaba.

Cuando puso rumbo a Mayden, no supo que con ella viajaba la muerte.

CAPÍTULO XII

UN CIERTO PERFUME EN EL AIRE

Cuando aún no había amanecido, se detuvo en un *snack-bar*, al borde de la carretera solitaria, para tomar un par de bocadillos y una jarra de cerveza, pues se sentía desfallecida. Los bocadillos los pidió de pescado, naturalmente. Acabó él refrigerio con un café doble y, ya más animada, se dirigió al vecino estado para llegar cuanto antes a Mayden.

Hubo de reconocer que la casa presentaba un aspecto normal.

Las luces estaban encendidas.

Una pequeña corona de flores descansaba bajo el pulsador de la puerta.

Mara no llamó esta vez porque quería que, a ser posible, su presencia pasara inadvertida. Como para sus indiscreciones periodísticas ya había forzado más de una vez alguna puerta, en esta ocasión hizo lo mismo. Un «clip» doblado hábilmente le sirvió para forzar la sencilla cerradura. Luego pasó al interior.

Era extraño.

Se notaba un cierto perfume en el aire.

Un perfume de mujer.

Mara avanzó en silencio.

Sus ojos estaban entrecerrados.

Sus músculos tensos.

Y entonces vio aquellas piernas tendidas en el diván.

Le parecieron muy bonitas.

Había que reconocerlo.

Algo gruesas y quizá demasiado sólidas, demasiado macizas, pero torneadas y atractivas, llenas de sugerencias.

Estaban ceñidas por unas provocativas medias negras.

Eran las piernas de una mujer que aspira a gustar carnalmente, que quiere excitar.

La verdad era que Mara hubiese esperado encontrar cualquier cosa en aquella mansión de la muerte. Pero aquello no.

Aquella visión que hubiera encandilado los ojos de un hombre, era para ella lo más inesperado del inundo.

Avanzó dos pasos.

La señorita Krabb dio un salto.

—¿Qué hace usted aquí, Mara?

Sus sólidas, macizas y torneadas piernas seguían atrayendo la mirada de Mara. Luego ésta la clavó en los ojos entre excitados y sanguinolentos de Irene Krabb. Se notaba que Irene Krabb estaba realmente desasosegada, nerviosa.

De su piel todavía joven se desprendía aquel perfume que la muchacha había captado al entrar.

—¿Qué hace usted aquí, Mara? —repitió.

—¿Y usted?

—¡Yo estoy en mi casa!

—No sabía que los cadáveres se velasen de ese modo, señorita Krabb. Claro que reconozco que ha tenido el detalle de ponerse medias de luto.

—No estoy velando ningún cadáver.

La voz de Irene Krabb era un poco gangosa. Se notaba que estaba algo bebida. Del cuerpo del ama de llaves había desaparecido toda su dureza y ahora desprendía una fuerte sensación de femineidad, de encanto.

Se levantó y se puso una bata sobre el cuerpo.

Mara musitó:

—¿Dónde está Olga?

—No lo sé. ¿Y a mí qué me pregunta?

—Sé que ha salido a telefonear. ¿No ha vuelto?

—Repito que no lo sé. Debe estar descansando. ¿Por qué no va a su dormitorio y mira allí, en lugar de hablar tanto?

—¿Dónde está su dormitorio?

—Suba por esa escalerilla. La primera puerta al fondo.

Mara fue a subir.

Estaba dispuesta a averiguar todo por sí misma, aunque no creía que la vieja Olga se encontrara en la cama.

Pero antes de salir de la habitación paseó su mirada por ésta. Sus ojos fueron como una máquina fotográfica que analizaron implacablemente todos los detalles.

Vio el diván.

Una mesita.

Un cenicero.

Con un delgado cigarro puro a medio consumir. Un puro que —ella lo captó a pesar de la distancia— era de tabaco holandés.

Vio también algo más.

Una copa usada.

Y una botella de vodka.

¿Por qué las lucecitas rojas se encendieron y apagaron otra vez en el cerebro de Mara?

¿Por qué creyó comprender de pronto aquella cosa horrible?

¿Por qué?

—Irene Krabb —dijo con voz helada—, ahora lo entiendo todo.

La otra le miró con expresión insolente. De pronto parecía una golfa que se las supiera todas.

Puso los brazos en jarras.

—¿Qué es lo que comprendes tú, nena?

—Me das… me das miedo. Y me das asco.

—¿Asco? ¿Por qué?

—En la Edad Media se celebraban misas negras. Supongo que en algunos sitios se celebran aún. Misas en las cuales se invoca la presencia del diablo.

Irene Krabb produjo un chasquido con la lengua.

—Déjate de monsergas. ¿A qué viene eso?

La muchacha la miraba con creciente horror. ¿Qué había detrás de la cara de aquella mujer? ¿Cuál era su alma? Y sobre todo, ¿a qué época pertenecía?

Irene Krabb avanzó dos pasos.

Intentó tocarla con sus dedos.

Mara retrocedió como si acabara de ver una serpiente. Sus ojos se desencajaron.

—¡No me toques!

El rostro de Irene Krabb parecía haberse dividido en dos. La luz espectral partía sus facciones. Con una risita nerviosa y maligna preguntó:

—¿Pero qué te pasa?

—Te he dicho que antes había misas negras, y tú haces algo parecido. ¡Tú… tú invocas a los muertos!

Los ojos de Irene Krabb brillaron malignamente.

Tendió la mano derecha y propinó una brutal bofetada a Mara.

Tenía fuerza, la muy condenada.

Era peso pesado.

Mara sintió que sus labios se bañaban en sangre. Giró sobre sí misma y cayó al suelo mientras lanzaba un débil gemido.

Pero no por eso cedió. Mientras la sangre seguía brotando de sus labios partidos, dijo acusadoramente:

—¡Tú has invocado a los muertos! ¡Has invocado al hombre al que mataste un día!

—¡Estás loca! ¿A quién?

—¡A Jim Larsen!

Irene Krabb le propinó un brutal puntapié con sus zapatos, que ahora eran de tacón alto. La muchacha sintió que se le cortaba la respiración a causa del dolor.

—¡Sí! —dijo—. ¡Has invocado a Jim Larsen! ¡Has fumado su tabaco y has bebido lo que él bebía!

—¡Tú estás loca, nena! Lo que tú necesitas es un hombre que te entienda, que te haga vibrar. Me parece que si no lo consigues vas a delirar como una viuda.

Volvía a parecer una mujer que desprecia a una competidora después de darle una paliza.

Intentó golpear de nuevo a Mara con su zapato.

Pero Mara ya estaba prevenida esta vez y no lo consintió. Sujetó a la mujer por el tobillo. Tiró de él hacia arriba e hizo que Irene Krabb cayera estrepitosamente de

espaldas, alzando las piernas.

Había que reconocer que, para un hombre, aquella visión habría resultado, cuando menos, muy excitante.

Pero Mara no veía ante ella más que a una especie de hechicera que había tratado de volver a los conjuros de la Edad Media. Se arrojó sobre ella, montó sobre sus opulentos senos y empezó a abofetearla.

Irene Krabb arqueó todo el cuerpo; hizo con él una especie de puente.

Mara salió despedida como cuando un caballo se encabrita y le envía a uno por encima de las orejas. Patinó por la alfombra y casi chocó con una de las puertas.

Entonces vio algo más.

La huella húmeda de un zapato que poco antes se había posado allí.

La huella del zapato de un hombre.

* * *

Mara se volvió con los ojos entornados. Una lucecita de miedo y de incomprensión brillaba ahora en ellos.

La señorita Krabb se había puesto en pie. Miraba con fastidio una de sus medias destrozada por los violentos esfuerzos. Y ya se dirigía de nuevo a atacar a Mara cuando la voz helada de ésta la detuvo.

—¿Qué hombre ha estado aquí? —musitó.

—¿Hombre? ¡Si te parece el propio Jim Larsen!

—Quizá tú lo has invocado. Quizá tú has logrado que volviera a revivir.

En la mente de la muchacha sonaban aún las últimas palabras que había escuchado a Olga: «He descubierto algo increíble…». Para ella lo «increíble» estaba claro: Irene Krabb era una bruja que había logrado invocar a los muertos.

No tuvo demasiado tiempo para seguir pensando en eso.

El punterazo en la cara la hizo sangrar de nuevo, enviándola hacia atrás. El choque de su cuerpo hizo que se abriera la puerta. Rodó por el pasillo, al pie de las escaleras, mientras contenía un gemido.

Irene Krabb fue a lanzarse de nuevo sobre ella, dispuesta a seguir castigándola, pero no debía estar acostumbrada a andar sobre aquellos altos tacones —hechos sólo para realzar la belleza de sus piernas— y uno de los tobillos se le torció. Lanzó un gritito de dolor mientras se dejaba caer sentada sobre el parquet.

Mara estuvo a punto de aprovechar aquel momento para atacar a su vez, pero le pareció indigno hacerlo contra una enemiga que de momento no podía defenderse. Además, quería saber dónde estaba Olga, quería recoger sus palabras si, por un milagro, aún continuaba viva.

Iba dejando en el suelo gotitas de su propia sangre.

Gateó hacia las escaleras.

Vio a través de las ventanas del piso superior la primera luz lívida del amanecer.

Avanzó de un modo vacilante.

El pasillo.

La puerta al fondo.

Los ojos de la muchacha estaban como bañados por la bruma.

Empujó la puerta y vio la habitación. Sobre una de las mesitas había una botella de vodka. En el cenicero humeaban aún los restos de un puro hecho con tabaco holandés.

Mara sintió hasta su médula el estremecimiento brutal del miedo.

Porque además la vieja Olga estaba allí.

Sentada en la única butaca.

Con el lazo de seda ciñéndole aún el cuello. El lazo de seda con que la habían estrangulado horas antes.

CAPÍTULO XIII

EL VENDEDOR DE MUERTOS

Mara Seymour sintió una contracción en el estómago, patinó como si fuera a caer y se estrelló contra una de las paredes. Sus ojos desencajados por el miedo se enfrentaron a aquel misterio que nunca comprendería.

A la vieja Olga la habían estrangulado sin duda cuando se encontraba en el interior de la cabina telefónica, lo cual debía haber sido relativamente fácil porque a aquellas horas no debía pasar nadie por las calles de la ciudad provinciana. Sin duda la habían matado para que no hablase, para que no pudiese decir lo que había descubierto. ¿Pero por qué la habían traído luego allí? ¿Qué pretendían?

La muchacha se sintió terriblemente desamparada en la soledad de aquella casa. Supo que ella iba a ser la próxima víctima.

Pero la verdad fue que tampoco tuvo demasiado tiempo para pensar.

Inmediatamente oyó aquel leve crujido a su espalda.

El chasquido del pie de alguien que se movía tras ella.

* * *

No pudo ni volverse.

El lazo de seda cayó sobre su cuello como sin duda había caído horas antes sobre el cuello de la pobre Olga. Alguien apretó. Mara se dio cuenta inmediatamente de que iba a morir estrangulada.

Sus músculos temblaron de horror.

Se vio a sí misma como la pobre Olga, con las facciones amoratadas y la lengua fuera.

Sus ojos se nublaron.

La sangre se le agolpó en la cabeza.

Escupió saliva mientras notaba que la lengua sobresalía por entre sus labios, igual que si una mano gigantesca que se la estuviera empujando desde dentro.

Sus rodillas se doblaron.

En el interior de su cerebro sonó un espantoso pitido.

Lo último que pensó Mara Seymour fue que aquello debía ser la muerte, esa gran desconocida a la que todos nos enfrentamos alguna vez. La muerte, que seguirá siendo para todos el gran misterio hasta el último minuto.

Sus manos arañaban el aire.

Se movían maquinalmente.

No supo exactamente qué era lo que sus dedos habían sujetado. De una forma confusa creyó darse cuenta de que era el cigarro holandés que había visto arder poco antes en el cenicero.

Lo sujetó por un extremo y empujó atrás la punta incandescente.

Apretó con todas sus fuerzas, con toda su alma con toda su desesperación. Y se dio cuenta vagamente de que estaba abrasando uno de los párpados de la persona que se encontraba tras ella.

Oyó un gemido.

Las manos que apretaban el lazo de seda aflojaron instantáneamente. Fue una reacción maquinal que permitió a Mara emplear la otra mano y desembarazarse del lazo.

Tuvo una violenta arcada mientras se inclinaba sobre la cama.

Y se dio cuenta confusamente de que había vomitado.

Pero aún seguía el peligro. Aún notaba la respiración jadeante a su espalda.

De una forma maquinal sujetó la botella de vodka.

Apenas veía.

Sus movimientos tenían esa ansia frenética de la que sólo somos capaces cuando sabemos que vamos a morir.

La sombra que distinguió al girar sobre sí misma fue sólo una masa gris. Le pareció como si la cabeza oscilara en el aire y disparó contra ella la botella de vodka.

Ésta se hizo añicos.

Oyó un nuevo gemido.

La persona que había tratado de matar a Mara vaciló y rodó por el pasillo, ya fuera de la habitación.

Mara intentó saltar por la ventana para huir de todo aquel horror, pero le fallaron las fuerzas. Cayó sobre la cama, y estuvo así, gimiendo espasmódicamente, hasta que se recobró poco a poco.

Durante todo ese tiempo estuvo expuesta a un nuevo ataque, pero no podía evitarlo. También tuvo la suerte de no saberlo, porque se encontraba al borde de la inconsciencia.

Al fin, cuando las piernas la sostuvieron un poco, salió de la habitación. Vio sobre la alfombra del pasillo una mancha de sangre, lo cual indicaba que había herido a la persona que la atacó. Pero de ésta no se veía ni rastro.

Mara descendió a la planta baja.

Y vio de nuevo a Irene Krabb. Pero ésta ya parecía por completo otra persona. Vestía de nuevo sus ropas austeras de ama de llaves y usaba zapatos bajos. De la cortesana excitante que poco antes había visto, no quedaba ni rastro.

Tampoco podía ser la persona que la atacó.

Los ojos entrecerrados de Mara se fijaron en los detalles.

Ni tenía un párpado quemado ni presentaba la menor herida en la cabeza.

La señorita Krabb, como si fuera lo más natural del mundo, preguntó:

—Parece que tiene mala cara. ¿Quiere beber algo?

—Oiga… He… he encontrado a Olga.

—¿Sí?

—Está en su habitación… muerta.

Los ojos de Irene Krabb apenas pestañearon. No demostró ni demasiada sorpresa ni demasiado interés.

—¿Está segura? —preguntó.

—Naturalmente. Y una vez que la haya visto, usted y yo iremos a la policía. Por muy bestia que sea el teniente Hunter, esta vez no se negará a investigar.

Durante unos instantes, la señorita Krabb vaciló. Era tan diferente de la que poco antes había atacado a Mara, que ésta incluso llegó a pensar si no se trataría de dos hermanas gemelas que en realidad eran distintas. Pero al fin el ama de llaves hizo un gesto de asentimiento y subió con ella a la habitación.

En ésta aún había huellas de lucha: el cigarro apagado, la botella rota, una butaca volcada y la cama medio deshecha. Pero… ¡pero no quedaba ni rastro del cadáver de Olga!

Mara había estado sintiendo aquello desde que la diabólica aventura empezó: que se le contraía la garganta y que no podía hablar. Pero haciendo un esfuerzo supremo balbució esta vez:

—No… no puede ser…

—¿De qué cadáver me ha hablado? —preguntó burlonamente a su espalda la señorita Krabb.

—Estaba aquí…

—Pues en ese caso debiera estar aún. Los cadáveres no se mueren. Hala, vaya corriendo a avisar al teniente Hunter.

Su voz era burlona.

La muchacha apretó los dientes y dijo con un gesto de decisión:

—¡Naturalmente que iré! ¡Ya estoy harta de jugarme la piel! ¡Y esta vez el teniente Hunter tendrá que meterme en la cárcel o vendrá aquí hasta remover los cimientos de la casa!

Salió dando un portazo.

La luz lívida del amanecer se proyectó sobre su cara.

La calle vacía tenía un irreal aspecto bajo aquella luz. Los magnolios parecían tiritar bajo el viento frío. En el bar, donde eran muy madrugadores, estaban abriendo. Los semáforos enviaban solamente unos rápidos destellos color ámbar.

Mara fue a cruzar la calle.

Y en ese momento un automóvil se detuvo ante la casa. Le cortó el paso totalmente.

Mara se detuvo en seco mientras hacía un gesto de defensa. Pensó que iban a tirotearla desde la ventanilla.

Pero nada ocurrió. El hombre que asomó un poco la cabeza para hablar con ella,

tenía un cierto aspecto de truhán. Sus ojos cansados hablaban de noches en vela, de excesos de toda clase y quizá también de la familiaridad con las drogas. Pero, sin embargo, le dirigió una sonrisa simpática.

—Hola —dijo—, ¿de qué se ha asustado?

Mara intentó recobrar la serenidad. Logró sonreír también mientras alzaba un poco las manos.

—No me he asustado de nada —dijo—. ¡Es que el coche se ha detenido tan de repente!

—Sí, ya sé… En este maldito país, cuando un automóvil se detiene en seco delante de una chica sola, generalmente hay peligro. Pero conmigo no tiene nada que temer. Soy Tracy.

—Ah…

Aquel nombre no le decía a la muchacha absolutamente nada. Sin embargo intentó comportarse con la mayor naturalidad, como si lo conociera.

—Usted debe ser Irene Krabb —dijo el hombre—. La he visto salir de la casa.

Otra vez Mara vaciló un instante, pero al fin dijo con voz firme:

—Sí, soy Irene Krabb.

—Está bien… Celebro verla aquí, sin testigos. Ya tengo tres más. En total son cinco muertos, y por lo tanto creo que bastará. ¿Usted qué opina?

Mara Seymour era incapaz de opinar. Lo único que sentía era que la sangre se le había helado en las venas.

—Pues claro que sí… —dijo—. Bastarán.

—Saldré con la avioneta en seguida —dijo Tracy—. Es mejor que el camión frigorífico, ¿no?

—Pues… pues claro, Es mucho mejor la avioneta que el camión frigorífico.

—Celebro que esté usted de acuerdo conmigo, pero en todo caso debería consultarlo.

La muchacha no sabía con quién debía consultar, y tampoco se atrevió a preguntarlo porque eso lo hubiera puesto al descubierto todo. De modo que con la mayor naturalidad murmuró:

—Sí, es cierto. Lo consultaré.

—Diga que, en todo caso, el frigorífico también lo tengo preparado, pero que la avioneta me parece mucho mejor, Y menos expuesta a revisiones molestas.

—¿La espero aquí?

—Oh, claro…

Mara pensó que la señorita Krabb podía ver el coche en la puerta e interesarse por él, de modo que señaló el bar que ya estaba abierto.

—No —dijo—. Espéreme allí. Yo vuelvo en seguida.

Mientras el coche arrancaba, ella entró en la casa. Vio que la señorita Krabb no estaba en la parte delantera del edificio, o sea que no podía haber distinguido el vehículo. Simplemente ordenaba unos vasos en el mueble bar como si nada hubiera

ocurrido.

—Hola —dijo burlonamente—. ¿Ha hablado ya con la policía? ¡Qué pronto!

—No, no he hablado con la policía.

—¿Lo ha pensado mejor?

—Efectivamente. Me ha bastado ver la cara de burro del teniente Hunter para comprender que de allí no sacaría nada en limpio.

—¿Pues entonces qué piensa hacer?

—De momento voy al bar a tomar algo que me reconforte. Luego lo pensaré.

Irene Krabb la miró recelosamente.

Temía alguna mala jugada.

Por eso la acompañó hasta la puerta y miró antes de cerrar hacia donde se dirigía. Al comprobar que Mara no había mentido y que iba hacia el bar, cerró y suspiró con cansancio.

Porque también Irene Krabb estaba sintiendo el cansancio hasta el fondo de sus huesos.

Porque también a ella aquella aventura maldita se le estaba haciendo insoportable.

* * *

Cuando la muchacha entró en el local, Tracy ya estaba encaramado en un taburete. Sorbía una limonada, ya que a aquella hora no servían bebidas alcohólicas. Dirigió una apreciativa mirada a Mara y luego hizo un gesto de complicidad.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que muy bien: la avioneta.

—De todos modos los gastos aumentarán: serán mil dólares más.

—Se los pagará. Está de acuerdo.

Mara no sabía qué persona era la que «estaba de acuerdo», pero siguió la corriente con la mayor tranquilidad.

Tracy le puso una mano encima con la mayor confianza.

—Buena «mercancía», nena —susurró.

—Déjeme.

—¿Pero qué te pasa? Me habían dicho que eras muy ardiente.

—Quizá la gente se haya equivocado. Quizá no soy tan ardiente como todos piensan.

—De acuerdo, de acuerdo… —la mano se retiró poco a poco y con desgana—, no quiero comprometerlo todo por una simple cuestión de «tacto». Pero te has debido adelgazar, ¿eh? También me habían dicho que estabas más llenita.

Mara pensó que el otro estaba haciendo demasiadas comparaciones entre lo que sabía y la realidad que estaba ante sus ojos, de modo que quizá llegaría a averiguar que ella no era Irene Krabb. Se puso en guardia.

—Abreviemos —dijo—. No tengo mucho tiempo para perder.

—Ni yo tampoco, claro. Tengo los fiambres en un sitio donde no quiero que la policía meta las narices, y por lo tanto he de darme prisa. Entonces estamos de acuerdo en que serán mil dólares más, ¿eh?

—De acuerdo.

—Je, je… En realidad salgo muy barato —murmuró Tracy—. Un hombre como yo, que sabe realizar cualquier trabajo y que encima pilota una avioneta, no se encuentra en todas partes. Pienso salir inmediatamente de un club aéreo de Long Island, donde tengo el aparato. El problema estará en cargarlo, pero antes de las ocho no hay nunca nadie allí, de modo que tengo hora y media aún. Por las noche pienso estar sobrevolando ya Skull y en una hora más llegaré a Dutch.

Skull… Dutch… Mara Seymour no había oído nombrar aquellas poblaciones jamás.

—Me parece muy bien —dijo de todos modos—. Estoy conforme.

—Que conste que yo me largaré en seguida, ¿eh? Mi trabajo termina después de descargar.

—Me parece muy lógico.

—Adiós, preciosa.

Otra vez la mano en el muslo.

Otra vez la mirada viciosa.

Pero Mara aguantó con una contracción de sus labios. Simuló ser una mujer a la que aquello no le importaba demasiado.

—Adiós —repitió al fin Tracy.

—Adiós.

Sólo cuando el hombre estaba más allá de la puerta, dijo el camarero.

—Eh… Se ha ido sin pagar. Lo abona usted, señorita, supongo.

—Sí, claro. ¿Cuánto es?

—Treinta centavos.

La muchacha dio cuarenta.

Paseó una última mirada por el bar, que tenía ese aspecto descarnado que todos los establecimientos suelen tener en las horas de la amanecida. Vio las banquetas tapizadas de rojo, la barra ovalada, los anaqueles pintados de un brillante color azul… El camarero pensó que ella era una señorita de media virtud que se retiraba después de una noche de mala suerte.

—No hay que desesperar, nena.

—Claro que no —dijo tranquilamente Mara.

—Lástima que yo haya entrado de servicio ahora.

—Sí, lástima.

—¡Ay, si yo tuviera cincuenta dólares de más…!

—Y yo una vergüenza de menos. Adiós, pichón.

Mara salió del bar.

Volvió de nuevo a la casa, sintiendo que el miedo se desvanecía. Ahora, al menos, ya sabía un poco el terreno que empezaba a pisar. Entró en la biblioteca que había sido de tío Fred y tomó el atlas más completo que había en ella.

Recordaba perfectamente los nombres mencionados por Tracy: «Skull», «Dutch».

Le parecía que eran nombres holandeses, pero en una avioneta no se podía llegar a Holanda. Eso estaba claro. Tampoco se podía llegar a la Guayana holandesa en un día, puesto que la Guayana holandesa está en Sudamérica.

La muchacha siguió reflexionando.

No había ningún territorio al este de Nueva York. Sólo el mar.

Por lo tanto la avioneta tenía que volar al oeste, al norte o al sur. En una de esas tres direcciones estaban las dos ciudades que Tracy había mencionado.

Mara buscó en la guía de nombres que había al final del atlas.

Pero inútilmente.

Ninguna ciudad de Estados Unidos, ni de Canadá i ni de México se llamaba de esa manera.

Empezó a desanimarse. Incluso temió haber oído mal. Y entonces inició una búsqueda desesperada a través del atlas, ciudad por ciudad, río por río y monte por monte. Estaba segura de que Irene Krabb la observaba, pero el ama de llaves no se metió con ella. Ni siquiera llegó a oírla.

Había amanecido ya del todo.

Un sol radiante se derramaba sobre los tejados del las casas.

Al fin los esfuerzos de Mara se vieron recompensados. Encontró lo que buscaba en el estado de Utah, junto a la frontera de Nevada.

Skull era en realidad el Skull Vallev, donde existe una reserva india. Y Dutch era el monte Dutch, de casi ocho mil pies de altitud, situado en la misma frontera, un poco al sur de Salt Springs.

Entre ambos puntos geográficos se extendía una enorme superficie desierta, el llamado Gran Desierto del Lago Salado. SI sur aquella superficie terminaba en los montes Granite, y al norte en los lagos de sal cristalizada de Bonneville, donde se prueban los enormes bólidos como el «Pájaro Azul», capaces de alcanzar en aquella superficie desierta y fantásticamente lisa los ochocientos kilómetros por hora.

La muchacha suspiró.

Ya había conseguido más de lo que pensaba.

Tenía delimitada una zona a la cual iban a ser llevados los muertos.

¿Pero qué significaba eso? ¿Qué infiernos iba a ocurrir allí?

Mara consultó su reloj. Las ocho.

Faltaba una hora para el entierro de tío Fred. ¡El entierro de un cadáver que no existía! Por lo tanto eso significaba que tenía que huir o detenerse a dar explicaciones que seguramente terminarían en la policía. Y eso equivalía a perder su libertad de movimientos durante las últimas horas.

Una libertad de movimientos que ahora necesitaba como nunca.

Cerró el atlas y salió de la biblioteca.

—¡Señorita Krabb! —llamó—. ¡Señorita Krabb!

Quería dar alguna explicación acerca de su marcha. Quería contarle una mentira para que la otra no sospechara. Pero nadie contestó a sus llamadas.

La casa parecía espantosamente vacía otra vez.

No se oía ni un susurro.

Mara sintió que sus músculos se paralizaban. Comprendió que era absolutamente incapaz de dar un paso para registrar la casa.

Tratarían de matarla en cuanto ella entrara en una de las habitaciones del piso superior.

Estaba segura de que la aguardaban para eso.

Haciendo acopio de valor, volvió a la biblioteca, abrió el atlas por la página consultada y trazó con bolígrafo un amplio círculo que rodeaba la zona del Gran Desierto del Lago Salado. Lo dejó abierto sobre la mesa y volvió a salir. Quería que aquella pista quedara visible por si Key venía a buscarla.

Una vez hecho esto, tomó su coche y se dirigió de nuevo a Manhattan, Sabía que media hora después, cuando se presentaran los de la funeraria para el entierro, aquello iba a degenerar en un escándalo sin nombre.

Pero a ella, al menos, ya no la encontrarían. E iba a ser muy difícil capturarla, a menos que enviaran tras sus huellas un avión de caza. Porque las siguientes averiguaciones iba a comenzarlas ahora y pensaba hacerlas desde el aire.

CAPÍTULO XIV

LOS FANTASMAS Y MARA SEYMOUR

El piloto de la avioneta «Piper Comanche», que había repostado gasolina ya dos veces —la última en Salt Lake City—, miró la inmensa extensión ocre que iban dejando atrás las alas y murmuró:

—¿Para qué me ha alquilado con tanta urgencia, señorita? Llevo cuatro años haciendo el aero-taxi y nunca me había encontrado con una cosa igual. ¿Sabe de verdad adónde vamos?

Mara no lo sabía, ni mucho menos.

Pero dijo con el mayor aplomo:

—Claro que sí. De lo contrario no le hubiese alquilado.

—¿Qué espera encontrar?

—Yo lo sé.

—¿De verdad Io sabe?

—¡Claro!

—¡Dios santo! ¡Pero si ahí abajo no hay más que escorpiones, algún coche destrozado y alguna serpiente de cascabel! ¡Ni los primeros pioneros del Oeste se atrevieron a meterse en ese sitio! ¿Y usted se gasta una pequeña fortuna en venir aquí?

—Aunque me quede sin un dólar, amigo. Y haga el favor de volar un poco más bajo. No veo lo que busco.

El piloto refunfuñó algo, pero descendió suavemente hasta sobrevolar el desierto a una altura mínima de unas quinientas yardas.

Estaba anocheciendo ya.

Llevaba todo el día en vuelo desde Nueva York, habiendo atravesado la mayor parte de Estados Unidos.

Mara empezaba a desesperarse, aunque procuraba que su aspecto fuese tranquilo, como el de una mujer muy segura de sí misma.

Los ojos le dolían de tanto mirar el desierto.

No veía nada notable.

Ni una caravana.

Ni un edificio aislado.

Ni mucho menos una ciudad.

Si no fuese porque había entendido muy bien a Tracy, creería que todo aquello había sido un sueño.

El piloto murmuró:

Ya estamos en la frontera de Nevada. Lo conozco por los montes Dutch y Ochbe.

¿Qué hacemos ahora?

—Vuelva atrás.

—Está bien. Como quiera. A lo mejor encontramos petróleo…

Y el piloto inclinó la avioneta para volver.

El sol poniente tenía sobre el desierto una majestuosidad única. De no ser por el dramatismo de la situación, Mara se habría dejado seducir por tanta belleza. Pero sus ojos miraban aterrorizados hacia el suelo cada vez más oscuro, sabiendo que no encontraría nada y que habría emprendido aquella aventura loca para perder un tiempo que luego ya no podría recuperar.

De pronto sus pupilas se dilataron.

—¿Qué es aquello?

—Si no llega a ser porque el avión, al inclinarse, le había dado mejor visibilidad, aquellos relieves en el desierto le habrían pasado desapercibidos. Eran apenas como una calle. ¿Pero una calle en el desierto? ¿Por qué?

El piloto voló más bajo.

—No sé —dijo—, no me lo explico. Esto está alejado de las líneas de vuelos regulares. Pero yo había pasado un par de veces por aquí y es la primera vez que lo veo.

—Descienda.

—¿Es eso lo que buscaba?

—Sí.

La avioneta se posó suavemente en el suelo, a unas mil yardas de aquella extraña calle. El piloto murmuró:

—Seguro que es un decorado de cine.

—¿Usted cree?

—Hum…

—Bueno, déjeme aquí —dijo Mara—. Como ya le he pagado por anticipado, puede largarse.

El otro la miró con asombro.

—Oiga…, ¿de verdad va a quedarse usted aquí, en este condenado sitio? ¿Sabe que no hay un alma?

—No importa.

—Pues si yo me quedara aquí tendría miedo…

—¿Miedo? ¿De qué?

—De mil cosas. ¿Qué voy a decirle? Por ejemplo lo tendría de los muertos…

Mara también lo tenía. De los muertos y de los vivos. Tenía el miedo metido hasta el fondo de los huesos. Pero ya que había llegado hasta allí, hasta lo que parecía el último rincón del mundo, no iba a desanimarse ahora.

—No diga tonterías —susurró, como si ella ya estuviera de vuelta de todo.

El piloto se encogió de hombros.

—Bueno… —dijo—. Como quiera, señorita. Cuando sea viejo y me haya vuelto

piadoso rezaré por usted.

Tomó posiciones para despegar y reemprendió el vuelo pausadamente.

Mara cerró los ojos.

Había pagado con un cheque, quedándose sin un dólar en su cuenta corriente.

Y ahora estaba sola allí.

Sin un arma.

Expuesta a cualquier cosa que le pudiera ocurrir.

Poco a poco avanzó hacia aquella extraña calle situada en el centro del desierto. La luz todavía le permitía distinguir los destellos con cierta perfección. Llegó a unas cincuenta yardas del primer edificio de la calle.

Y entonces lanzó un grito.

Un grito de asombro y de horror que se perdió en el vacío del desierto.

Porque veía las casas bajas.

Los magnolios perfumados.

Los anticuados coches.

Los tres comercios: el bar, la corsetería, la funeraria.

Y el cementerio al fondo.

Las cruces…

CAPÍTULO XV

LA CIUDAD DEL MÁS ALLÁ

Mara sintió que las piernas no la sostenían.

Aquello era increíble, pero…, ¡pero había vuelto al sitio de donde salió!

¡Era la calle donde vivió su tío Fred Seymour!

Incluso… ¡allí estaba su casa!

¡Hasta los coches eran idénticos!

Sólo faltaba que la puerta se abriera y apareciese en el umbral la señorita Krabb.

De pronto Mara ya no pudo más.

Sintió que todo daba vueltas en torno suyo.

Y cayó pesadamente a tierra, con los ojos turbios, hundiendo la cara en la tierra ardiente del desierto.

* * *

No supo cuánto tiempo había estado así, pero cuando recobró el conocimiento ya titilaban en el cielo las estrellas. La quietud y el silencio eran totales. Sólo al cabo de unos minutos el silencio se vio cortado por el aullido interminable de un coyote.

La muchacha se incorporó y se puso de rodillas.

Sentía frío.

En el desierto las temperaturas cambian bruscamente del día a la noche. Ahora el ambiente era gélido.

Pero más gélido se volvió un minuto más tarde. Cuando Mara tuvo motivos para creer que había entrado en su propia tumba.

Porque vio a poca distancia el cadáver de tío Fred.

Y sin un pedazo de su mejilla derecha.

* * *

Las manos agarrotadas de Mara surcaron el aire antes de ir hacia su propio cuello. Allí se hincó las uñas sin darse cuenta. Unas gotitas de sangre resbalaron hasta su garganta, pero ella no las notó. Había perdido de nuevo el conocimiento, atenazada por el horror, cuando las gotas de sangre empezaron a resbalar.

Tampoco supo cuánto tiempo habría estado así.

¿Un minuto? ¿Un día? ¿Una eternidad entera?

Puesto que todo lo que le pasaba estaba fuera de este mundo, no le hubiera extrañado nada encontrarse de pronto en la eternidad. Pero al abrir los ojos se encontró de nuevo en aquel pedazo hostil y frío del desierto. Al fondo se habían encendido unas luces. La calle fantasma estaba tenuemente iluminada.

Miró al frente.

Ni rastro del cadáver de tío Fred.

¿Había sufrido una pesadilla? ¿Lo vio realmente unos minutos antes?

Sí, estaba segura de haberlo visto.

Mara se limpió con un pañuelo las manchas de sangre y avanzó tambaleándose hacia la calle.

Vio los semáforos.

Y el bar.

¡Todo era igual que en la ciudad de Mayden! ¡Era como si hubiera vuelto a ella!

De no ser porque tenía el desierto a su espalda, lo hubiera creído. Mara entró en el bar y se detuvo hipnotizada.

Los taburetes tapizados de rojo.

La barra ovalada.

Los anaqueles de las botellas pintados de un sugestivo color azul.

Susurró:

—Dios mío…

Y hundió la cabeza entre las manos. Se puso a llorar como una niña, sabiendo que nunca más volvería a recobrar la razón. Sabiendo que ahora estaba irremediablemente loca.

Porque todo aquello no podía ser…

… ¡Estaba sufriendo una pesadilla!

Y en aquel momento oyó algo en la calle. Volvió la cabeza, esperanzada, porque aquello era al fin y al cabo un signo de vida. Oyó el ruido de un motor que se ponía en marcha.

CAPÍTULO XVI

SUAVE ES LA MUERTE

Mara derribó un taburete al salir precipitadamente del bar, en su loca ansia por llegar a la calle. La alegría casi le impedía respirar. ¡Porque ahora ya no estaba sola en la ciudad! ¡Porque allí había alguien más, alguien que podría ayudarla!

Vio la hilera de coches detenidos ante las casas.

Todos eran modelos anticuados, igual que en la verdadera ciudad de Mayden. Uno de ellos, el que estaba en marcha, zumbaba un poco. Mara corrió hacia él y casi pegó la cara al cristal de la ventanilla, tan ansiosa se sentía.

Pero de pronto, la garra espantosa del miedo le arañó otra vez la piel.

Frente al volante estaba…

… ¡Estaba la pobre Olga, que nunca había sabido conducir!

¡Estaba muerta, con el lazo de seda atado al cuello, tal como ella la había visto en Mayden!

* * *

Mara retrocedió como hipnotizada. Retrocedió poco a poco, sin sentir y sin pensar, igual que no sienten ni piensan los que ya han atravesado el umbral de la muerte.

Y así le ocurría a ella.

Ella, en realidad, era ya una muerta.

La sangre no parecía circular ya por sus venas.

El corazón le dolía terriblemente, como si fuera a pararse de un momento a otro.

Sólo sus pies se movían maquinalmente. Pero eran unos pies que sólo le servían para retroceder, ya que hubieran sido incapaces de avanzar un solo paso.

Entonces unas manos le cortaron la retirada.

Entonces unas manos se posaron suavemente en su nuca.

—Quieta, nena.

Mara sintió como si le hubieran clavado en el cerebro una inyección de hielo.

Se volvió poco a poco.

Las manos no lo impidieron.

Lo único que hicieron fue ceñirse a su cuello para que ella no pudiera escapar.

Y entonces Mara vio aquel rostro. Lanzó un grito de asombro que en realidad fue un débil estertor.

Porque la cara que ahora tenía delante la había visto antes en una ficha de la

policía. Se la había mostrado el teniente Hunter. Era la de un hombre muerto… ¡Era la cara de Jim Larsen!

* * *

Aquel nuevo horror fue el que terminó con las pequeñísimas reservas morales que aún quedaban en Mara Seymour. La muchacha ya fue incapaz de luchar. Dejó que aquellas manos apretaran su cuello sin hacer la menor resistencia. Sabía que iba a morir, pero extrañamente no le importó.

Las manos apretaron más y más.

Ella cayó de rodillas.

Era el fin.

Sus ojos se enturbiaron, su boca se secó terriblemente.

Pero ya no sentía dolor.

Aceptaba la muerte como una liberación, como un descanso después de todos aquellos horrores.

De la garganta del hombre que la estaba asesinando escapó una carcajada satánica.

Una carcajada que se rompió de pronto en una especie de gorgoteo, en un grito de dolor.

CAPÍTULO XVII

LA SALVACIÓN LLEGÓ DEL CIELO

Mara no se dio cuenta de lo que ocurría hasta que notó que había caído a un lado y las manos ya no le apretaban el cuello. Rodó por el polvo de la calle y, haciendo un terrible esfuerzo, miró hacia arriba. Lo que pudo ver la dejó tan trastornada como todo lo que había estado ocurriendo hasta entonces.

Vio que Jim Larsen rodaba por el suelo.

Había recibido, al parecer, un terrible gancho a la mandíbula.

Y el hombre que acababa de propinárselo era…, ¡era Key!

¡Key estaba allí!

¡Acababa de salvarla!

Por supuesto, tenía que haber llegado en otra avioneta o quién sabe si en un avión reactor. De otro modo, no podía estar allí. La salvación había llegado del cielo.

Pegada al suelo y sin fuerzas para hacer un solo movimiento, la muchacha vio aquella salvaje pelea.

Key era más fuerte y había pegado primero, derribando a su enemigo, por lo que contaba con una ventaja nada despreciable. Si le atizaba otra vez, Jim Larsen quedaría K. O. Pero las cosas empezaron a cambiar un momento después, tanto que la muchacha lanzó en contra de su voluntad un gemido de desesperanza y de miedo.

Jim Larsen acababa de sacar una pistola, mientras que Key iba desarmado. Apuntó rabiosamente y disparó.

Hubiera acabado fácilmente con cualquier hombre menos ágil que Key. Pero con Key no pudo. Éste se había dado cuenta a tiempo del peligro y se había dejado caer al suelo con una violenta contorsión, pese a estar herido. Desconcertó completamente a su enemigo, mientras la bala pasaba alta.

Ahora los dos estaban en el suelo. Key sujetó el brazo derecho de su enemigo, al final del cual estaba la pistola.

Larsen lanzó un gruñido.

Intentó arrojar tierra a los ojos de Key.

Pudo conseguirlo, pero el joven había bajado los párpados al darse cuenta de la innoble maniobra. No quedó cegado ni mucho menos. Ante la desesperación de Jim Larsen, siguió retorciéndole la mano derecha.

El otro lanzó un rugido.

Sentía que le iban a romper el brazo.

La pistola resbalaba de entre sus dedos lenta e implacablemente.

De pronto se oyó un alarido.

La pistola había caído al suelo.

Los dos hombres intentaron recogerla. Las manos volaron como zarpas hacia la culata.

Key fue más rápido.

Tenía el brazo mucho menos castigado que su enemigo.

De todos modos no le quedaba tiempo para vacilar. El otro estaba materialmente encima suyo. Todo dependía de una décima de segundo.

Apretó el gatillo.

Mara, desde el suelo, lo vio todo como en una extraña película a cámara lenta.

El chispazo en el cañón.

La mancha roja en la frente de Jim Larsen.

La violenta pirueta de éste, retorciéndose en el suelo.

La contracción de los músculos de Key…

Y de pronto aquella cara que la miraba. Aquella cara que, ¡por fin!, no representaba ni el horror ni la muerte. Aquella cara que ya no era del otro mundo.

Fue Key quien la ayudó a levantarse.

Ella ya no tenía fuerzas ni para eso.

La llevó hasta el bar vacío, iluminado por una luz irreal. A la muchacha le pareció que había vuelto a Mayden. Cayó de bruces sobre la barra, respirando afanosamente.

La mano derecha de Key acarició sus cabellos, sus mejillas, su garganta.

Intentaba tranquilizarla.

Mara Seymour no supo cuánto tiempo había transcurrido. Al fin empezó a respirar mejor. Pero sus ojos seguían estando desencajados cuando los clavó de lleno en el rostro de Key.

—Tienes… tienes millones de cosas que explicarme —balbució.

—De momento, te explicaré sólo una: Hemos de largarnos de aquí.

—¿Por qué?

—Corremos peligro de muerte.

—He estado en peligro de muerte desde que subí por las amarras de aquel barco japonés, Key. Desde aquel maldito momento…

—Ahora es distinto. Por favor, hazme caso. Vamos…

—¿Dices que hemos de huir? —balbució ella—. ¿Y cómo? ¿A pie? ¿Perdiéndonos en el desierto?

—En esos automóviles hay gasolina. La suficiente al menos para cruzar la frontera de Nevada y tratar de llegar a Currie, que es la población más próxima. Allí ya no habrá peligro porque todo está calculado.

—¿Qué es lo que está calculado, Key?

—¡Por favor, Mara! ¡No me hagas hablar ahora! ¡Ya te lo explicaré cuando hayamos salido de aquí, cuando hayamos escapado de este maldito sitio!

En eso de «maldito sitio» era lo único en que estaba de acuerdo Mara, de modo que susurró:

—Vamos.

Se introdujeron en uno de los coches.

Las llaves estaban en el contacto, y al hacerlas girar se produjo el suave runruneo del motor. Todo marchaba. Pero se dieron cuenta, al mirar el indicador de gasolina, que éste marcaba prácticamente cero, de modo que no podrían llegar ni a una milla de allí.

Key ahogó una maldición.

Probaron en otro.

Y en otro.

¡Y en otro…!

¡Todos los depósitos estaban prácticamente vacíos!

¡Ni aun reuniendo el contenido de todos para verterlo en uno, sólo llegarían a cinco millas!

Mara notó que el hombre estaba mortalmente pálido.

Era como si supiese que le habían metido en una trampa sin salida.

—Dios santo… —dijo—. ¡Creí que había más gasolina! Ahora estaban absolutamente perdidos, Mara. Nunca podremos salir de aquí.

—¿Pero por qué? ¿Qué va a ocurrimos?

—Él sonrió.

De pronto parecían haberse borrado todas sus preocupaciones. Era igual que si le hubiesen pasado un paño por la cara y se la hubiesen cambiado. Mara no lo entendía.

Pero se dio cuenta de que los ojos de Key lo miraban todo nostálgicamente. Era como si se despidiese de aquello. ¿Como si se despidiese de su propia vida también?

El único coche en que no habían probado era aquél en que se hallaba el cadáver de Olga.

No se habían atrevido a tocarlo.

Pero al fin Key fue también allí, hizo girar la llave de contacto sin tocar el cuerpo que reposaba en el asiento delantero y miró los indicadores. El depósito también estaba vacío.

Volvió junto a Mara y se sentó en el bordillo de la acera.

Era un bordillo muy bien hecho y alisado, exactamente igual que los de la ciudad de Mayden.

—¿Un cigarrillo? —ofreció él.

—Key… ¿De veras corremos peligro aquí?

—No, no te preocupes.

—Pues antes has dicho lo contrario…

—Me he equivocado. Olvídalo.

—Hay miles de cosas que no entiendo, Key. Sí, miles de cosas.

—Pues entonces, pregunta. Creo que podré contestar a alguna de ellas, y además tenemos tiempo.

—¿Podemos… empezar por el principio?

—Es lo más lógico, ¿no? Vamos, pregunta.

—¿Es cierto que aquel buque japonés había llegado a Hoboken? ¿Vi yo una cosa que existía realmente?

—Sí.

—¿Traía un cargamento de muertos?

—Exacto. Del Vietnam.

—¿Para qué?

—El Gobierno los necesitaba.

—Eso es absurdo… ¿El Gobierno de Estados Unidos? ¿Y para qué los necesitaba?

—Para un experimento.

—¿Cuál?

—Eso te lo diré al final, Mara. De momento, no tiene importancia.

Encendió un cigarrillo y se lo dio a la muchacha entre el silencio de la noche. Luego se puso él otro entre los labios mientras susurraba:

—El Gobierno necesitaba unas docenas de cadáveres, y aunque parezca mentira, eso es difícil de conseguir. Con la elevación del nivel de vida, cada vez mueren menos personas abandonadas. Apenas hay cadáveres que no sean retirados por familiares o amigos, ni siquiera en un país tan enorme como éste. Te aseguro que hasta empiezan a faltar para las prácticas en las facultades de Medicina. Aun así, el Gobierno pudo habérselos procurado caso de estar en situación de dar la cara abiertamiente, Pero no podía. Necesitaba mantener el mayor secreto y hacerse cargo simplemente de cadáveres abandonados. Como no los había, los trajo de un lugar del mundo en que los muertos cuelgan hasta de las lámparas de las casas y nadie los reclama: Vietnam.

Mara sintió que el humo quemaba su garganta.

Susurró:

—Comprendo. ¿Pero para qué?

—Ya te lo diré al final. Lo que deseo que entiendas es que la operación era absolutamente secreta.

—¿Por eso el buque no figuraba como llegado? ¿Por eso tenían una excusa preparada sobre la desaparición en el caso de que ocurriese algo?

—En efecto. Y ocurrió. Tú lo incendiaste sin querer.

Key, te aseguro que yo…

—Por Dios, no te acuso. Y además, ¿qué importancia tiene eso ahora? El caso fue que el desastre se ocultó. Incluso un agente del Gobierno, un federal, te golpeó en tu casa para quitarte las fotografías, que era la única prueba que tenías.

—¿Entonces eso me lo hicieron, por decirlo así, legalmente?

—No, legalmente, no. Obligado por el secreto, el Gobierno obraba en este caso al margen de la ley, como a veces se ven forzados a obrar sus agentes. Tal fue la razón de que cortaran la línea del teléfono de tu apartamento y la de las cabinas públicas más cercanas, desde las que hubieras podido llamar fácilmente. También fue ésa la

razón de que en el Precinto de policía al que fuiste en Manhattan no te atendieran. Tenían órdenes concretas de aislarte, de no dejarte intervenir. Necesitaban que durante veinticuatro horas no hablases con nadie, en fin de que no «metieras la pata».

—¿Por qué?

Él no contestó directamente a la pregunta. Dijo:

—También a mí me golpearon por la espalda cuando fui a la policía. Me encerraron incluso aun a riesgo de que más tarde les denunciara por detención ilegal. Yo también sabía demasiado y podía destruir aquel costoso plan trazado oficialmente.

—¿Qué plan?

Tampoco él contestó de una manera directa. Lanzó al suelo los restos de su cigarrillo y musitó:

—Pude escapar de la celda, dejar sin sentido a un guardián, sacarlo del Precinto por una ventana y amenazarle de muerte si no hablaba claro. Sabía que me la jugaba, pero también se la estaban jugando ellos. Más tarde a todos nos convendría no remover la basura que íbamos dejando atrás. El caso fue que el agente se arrugó y me contó lo que sabía. No era demasiado, pero sí lo suficiente para atar cabos. La señal que tú habías dejado en el atlas en casa de Fred Seymour acabó de aclarármelo todo. Un excelente amigo mío, capitán de un ala de caza, me trajo hasta aquí en un reactor. De modo que en este caso sé al menos lo que significaba el buque japonés, lo que significa esta ciudad y para qué habían llegado todos aquellos muertos.

—¿Pero… y aquel cocinero indonesio…, y la cabeza puesta a hervir…, y…, y…?

—Ya te dije que ése era un asunto marginal. Serno tenía miedo de que le delataras y por eso intentó matarte. La carne humana se la preparaba para él solo. Y quién sabe si también pensaba facilitar algunas libras de la más elegida a su hermanito, el del restaurante de Manhattan, sólo para «especialistas». Si intentó matarte fue por miedo, repito, pero él estaba al margen del asunto principal, aunque al hacer inevitable el incendio del *Kosi-Maru*, se ligó a él irremediablemente.

—¿Pero… y lo de tío Fred? ¿Y lo otro?

—Verás… Empezaré por explicarte lo de Jim Larsen y esa mujer llamada Irene Krabb.

—Explícamelo si…, si puedes.

—Claro que puedo. En el fondo, el asunto empezó con una cosa muy sencilla: la pasión de una mujer. Irene Krabb, una hembra ya madura y llena de sensualidad, se enamoró de Jim Larsen, el socio del hombre a quien servía. Se enamoró de tal modo que hubiera llegado a matarle si él la llega a abandonar. Su obsesión era encerrarlo y tenerlo para ella sola. Mantenerlo, incluso, con tal de poder disponer de sus caricias cuando quisiera. Curiosamente, en eso estuvieron de acuerdo los dos. A Jim también le interesaba «desaparecer».

—¿Por qué razón?

—Él era un notable químico, pese a su juventud. Había hecho trabajos de química nuclear. Conocía a eminentes especialistas y hurgaba en sus secretos.

—Comprendo. Sigue.

Llegó a descubrir así que iba a ensayarse un arma nueva con un punto de fisión nuclear distinto, y que uno de los ensayos constituiría en la destrucción de una ciudad artificial, mejor dicho, de la calle de una ciudad, que, eso sí, sería exacta copia de otra que existiera realmente a fin de que el ensayo se hiciera en condiciones lo más naturales posibles. Como el secreto de esa arma está en la concentración de calor, pero sin apenas radiactividad, se tenían que estudiar los efectos en numerosos cuerpos humanos. Para eso hacían falta los muertos.

Y Key dejó entonces de mirar a la muchacha. Su expresión era quieta, nostálgica. Parecía despedirse de todo lo que le rodeaba en aquel pedazo de desierto, bajo la luz de las estrellas.

Mara hundió la cabeza.

Una calle de una ciudad…

Un arma nueva…

Unos muertos…

Una explosión nuclear…

¡Y ellos dos allí! ¡Ellos solos! ¡Ellos condenados a la más irremediable de las muertes!

De su garganta escapó un gemido.

Sus ojos desencajados miraron al vacío.

Ahora comprendía por qué Key no había querido hablarle al principio de la verdadera situación. No quería asustarla. Esperaba que la explosión se produjese y Mara se desintegrara sin sentirlo, sin darse cuenta. Al fin y al cabo, era un medio dulce de morir. Morir los dos juntos sin que ella sufriera, sin que lo supiese tan sólo… Ésa había sido la razón de su silencio.

Su voz fue apenas audible. Susurró dulcemente:

—Era lo único que podía hacer por ti, Mara, la mujer a la que he amado siempre. Evitar que sufrieras al morir, ya que no tenemos posibilidad de escapar de aquí. Decirte que te quiero, unos segundos antes de que nuestros cuerpos se conviertan en cenizas.

Y aplastó los restos del cigarrillo.

Ni eso quedaría de ellos.

Ni una miserable brasita después de que la luz más brillante que mil soles «estallase en aquel rincón del Desierto Salado.

CAPÍTULO XVIII

LOS SEGUNDOS FINALES

No supieron cómo se habían unido sus bocas.

El frenesí de la desesperación, de la muerte, los había arrojado a uno contra el otro. Sus labios se buscaron con angustia, con dolor, con pasión, sabiendo que un segundo después ya no existirían, sabiendo que luego sus cuerpos serían solamente unos átomos aniquilados por el calor y expulsados hacia el infinito.

Cuando se separaron sus bocas, los dos se miraron quietamente a los ojos.

Había lágrimas en los de Mara.

Y en los de Key una extraña serenidad, una solemne calma.

Susurró:

—Te lo seguiré explicando, Mara.

—¿Para que no piense en nuestra muerte?

—Ésa es una de las razones, desde luego. Ojalá pudiera distraerte lo bastante para que no te dieras cuenta.

Miró al cielo ya enteramente negro y añadió:

—Como te decía, la Krabb y Larsen estuvieron de acuerdo en que él debía desaparecer. Larsen sabía que esta vez, a causa incluso de la rutina, pues se han hecho centenares de pruebas nucleares, la vigilancia sería muy floja. Incluso la bomba estaría sola, sin ninguna conexión con el exterior, pues la harían estallar por radio desde gran distancia. Y si todo se producía en las fechas calculadas, él tendría grandes facilidades para hacerse con el arma, desmontar el mecanismo de ignición, y sacarla de Estados Unidos para venderla. Ese negocio le representaría tal cantidad de millones de dólares que Irene y él podrían considerarse entre las personas más afortunadas del mundo.

—Y encima no le buscarían, porque él estaría muerto, ¿no?

—Exacto. Así sería. Como los ensayos y preparativos deberían ser premiosos y largos antes del momento de la prueba, decidieron tomarse la cosa con tiempo. De modo que Irene lo combinó todo para que se sospechase que ella había matado a Jim Larsen, pero sin que hubiera pruebas suficientes para condenarla. Y así fue. El cadáver no apareció jamás. Jim Larsen estaba en la casa de Fred Seymour, oculto en una habitación secreta donde Irene lo tenía para ella sola, mientras él preparaba cuidadosamente su plan.

—¿Pero entonces…, tío Fred lo sabía?

—Tal como han rodado las cosas, supongo que sí, que lo sabía, porque él debía conocer la existencia de la habitación secreta. También hay que pensar que, en caso de creer que el ama de llaves había asesinado a su joven socio, la habría echado a

cajas destempladas, cosa que se guardó muy bien de hacer.

—Pero, entonces… ¿él era cómplice?

—No, creo que no. Dio al asunto una interpretación distinta y mucho más… sentimental. Debió pensar que Irene Krabb dominaba de tal modo a Jim que le había obligado a aquello para disponer de la exclusiva de sus pasiones. Supongo que a tu tío no debió gustarle la situación, pero se resignó a ella con tal de no perder la colaboración de su socio, que estando encerrado trabajaba además con mayor ahínco. Lo que nunca debió imaginar fue que detrás de aquello hubiese una segunda intención.

—Comprendo. Sigue, por favor… ¡Sigue!

—Olga, la vieja ama de llaves, no debía de saber nada. Sorda y distraída, ni por un momento pasó aquello por su imaginación. Además, supongo que la tenían fuera la mayor parte del tiempo. Pero a todo esto tu tío murió inesperadamente, de muerte natural, y la pobre Olga, como no podía ser menos, «metió la pata».

—¿Al llamarme a mí?

—Exacto. Ni a la Krabb ni a Jim les interesaba tu presencia. Ni la de nadie. Justamente la fecha era ideal. Disponían de un cadáver que les interesaba hacer desaparecer antes de la mañana siguiente.

—¿Por qué razón?

—El informante secreto que tenía Jim le dijo a última hora que la prueba se aplazaba. No había cadáveres. Los llegados de Vietnam se habían «tostado» en un incendio casual.

—¡Diablos! ¡Y tan casual!

—Para Jim era un desastre. Todo lo tenía preparado para esta noche. Incluso el comprador extranjero con el dinero dispuesto. Llevaba años preparando un golpe que por un caso fortuito, le estaba fallando. Entonces dijo a su informante que contara con cinco cadáveres seguros sin tener que alterar las fechas, pero que no dijese a nadie quién se los había proporcionado: O en todo caso es posible que diera el nombre de uno de esos rufianes que a veces los roban de los depósitos.

—Sí, así fue —dijo Mara, más excitada cada vez—. Yo he conocido casualmente a ese rufián. Se llama Tracy.

Key hizo crujir sus nudillos con nerviosismo. Miraba el cielo esperando el momento fatal, el momento a partir del cual el tiempo ya no existiría. Pero aun así logró que su voz fuese serena al continuar:

—He de suponer —dijo— que el informante de Jim Larsen tenía amplios poderes para realizar la prueba o aplazarla, según las circunstancias. Y de creer también que no sospechaba que el propósito de Jim fuera apoderarse del arma que habían de ensayar. Supondría que Larsen intentaba solamente un espionaje a distancia. Al oír hablar de cinco muertos, pensó que ya tenía bastantes para hacer la prueba con un mínimo de garantías. Entonces decidió seguir adelante, sin provocar un retraso que hubiera costado millones de dólares.

Mara cerró los ojos mientras decía con un soplo de voz:

—Cinco muertos…

—Uno de ellos ya lo tenían —siguió diciendo Key con voz opaca—: Era Fred Seymour. Los otros tres debían haber sido robados por Tracy en, un depósito de cadáveres cifra máxima a la cual podía llegar, dado el poco tiempo de que disponía. Les faltaba uno, que supongo iba a ser el tuyo.

Mara Seymour se estremeció al recordar los momentos vividos. Sus sienes zumbaron al recordar las veces que habían estado a punto de matarla.

—Sí —dijo—, intentaron que lo fuera.

—Pero no acabaron de conseguirlo, a lo que parece. Entonces hizo acto de presencia la pobre Olga, una mujer con la que no contaban. Debió descubrir el escondite de Jim Larsen, que era sin duda el mismo sitio donde estaba oculto el cuerpo de Fred Seymour. Inmediatamente intentó prevenirte por teléfono. Supongo que fue la última llamada que pudo recoger tu línea antes de que la cortaran. Pero Olga pagó su intromisión con la vida… y proporcionó de pasada un estimable servicio a sus asesinos. Ya tenían el quinto cadáver, que era el mínimo necesario para garantizar el resultado de la prueba.

Key dejó de hablar por unos momentos. Seguía mirando el cielo estrellado, limpio y puro del desierto. Ignoraba qué señal provocaría el cataclismo, pero lo evidente era que la señal se desencadenaría de un momento a otro y él no podría evitarla.

—Tenía la esperanza de que el estallido se produjese sin darme tiempo a contarte esto —susurró—. Pensaba que morirías sin sufrir, sin sentir miedo ni darte cuenta de nada. Al fin y al cabo, era un modo hermoso de acabar. Pero la muerte está llegando con un cierto retraso, Mara… Lo…, Io siento.

Ella se aferró febrilmente al diálogo que venían sosteniendo. Se aferró a las explicaciones que la podían hacer olvidar. A las palabras gracias a las cuales no vería llegar el terrible momento…

—Pero hay algo que aún no entiendo, Key —musitó—. Cuando tío Fred ya estaba muerto… ¡yo le vi conduciendo su coche! ¡Pasó por delante de mí al volante de su «Mercedes»!

Él seguía con los ojos perdidos en el vacío negro.

Todos sus sentidos estaban pendientes del terrible momento.

No podía evitarlo.

Pero con voz suave bisbiseó:

—Comprendo que el truco puede parecerte muy complicado, pero en realidad es sencillo. A veces se ha empleado en vehículos militares, en zona batida, cuando el conductor tiene que enterrar materialmente la cabeza bajo el volante para que no le maten. Tu tío iba al volante, con la espalda y la cabeza muy bien apoyadas en el respaldo, de manera que no cayese. Pero el que conducía era otro que estaba agachado junto a él y manejaba el volante con una mano, pulsando el gas con el pie.

En una calle solitaria y durante un corto trecho, no es tan difícil.

—Pero ¿cómo podía ver?

—Con un pequeño telémetro de campaña de esos que emplean los militares. Tú sabes bien que uno puede ver con ellos estando a cubierto, gracias a los prismas de que están dotados, pues funcionan igual que los periscopios, Le bastó apoyarlo en el *tablier* para ver lo que pasaba en la calle sin necesidad de asomarse. Y, por descontado, ya puedes imaginar quién hizo eso: su cadáver lo tenemos a poca distancia.

Cerró un momento los ojos.

Mara le imitó. Los dos eran incapaces de seguir hablando. Sólo pensaban en la señal que aparecería en el cielo, la señal que provocaría la explosión y marcaría sus segundos finales. La explosión que lo terminaría todo: los deseos, los anhelos, el bien y el mal.

Al fin la vieron.

Eran tres hermosas bengalas que llegaban desde gran distancia. Su aspecto en el cielo negro era suave y dulce. Era casi maravilloso. Parecían los fuegos artificiales con los que se cierra una fiesta.

Pero para ellos dos no se cerraba nada.

Al contrario.

Se abría una eternidad.

Los dos unieron sus manos. Los dos miraron con ojos desencajados al vacío. Los dos supieron que era el final…

Mara dijo con un soplo de voz:

—Nooooo…

Supo que era su última palabra.

CAPÍTULO XIX

ADIÓS, MUÑECA, ADIÓS

Cinco segundos…

Diez…

Casi treinta segundos…

El tiempo suficiente para que cambiara la luz de un semáforo.

¡Y nada ocurría!

¡No se producía la explosión!

¡El cielo seguía tranquilo, impasible, espantosamente negro!

Mara sentía que las lágrimas quemaban sus mejillas.

Sujetaba febrilmente las manos de Key.

Hubiese querido cerrar los ojos, pero no podía. ¡No podía de ningún modo! ¡Necesitaba ver!

¡Necesitaba sentir en el fondo de los ojos, antes de quedar aniquilada, aquella luz más brillante que mil soles!

Diez segundos más…

¡Y nada!

¡Sólo el silencio!

Fue entonces cuando captó la voz extrañamente tranquila de Key. Fue entonces cuando él musitó:

—Respira, muñeca, respira… La explosión no se producirá.

—Pero…, ¿pero por qué?

—Los técnicos deben de estar ahora volviéndose locos. Deben estar acordándose de las mamás de unos y los papás de otros.

—No te entiendo, Key. ¿Por qué?

—Aunque te parezca mentira, el que nos ha salvado la vida ha sido Jim Larsen.

—¿Jim… Larsen…? ¿Cómo? ¡Él está muerto!

—Sí, pero antes había conseguido robar la bomba. Eso significa que la desconectó y que la tiene oculta en algún sitio. No explotará. No sucederá nada hasta que los técnicos militares lleguen aquí echando espuma por la boca. No tardarán. Verás cómo antes de un cuarto de hora se oye un estruendo de aviones y todo el cielo se llena de puntitos rojos.

—Eso significa que…, ¿que estamos salvados?

Key no respondió.

Pero una de sus manos la acarició con ternura. Y consiguió sonreír de nuevo. Y, en efecto, antes de diez minutos, se oyó el estruendo de los aviones y el cielo se llenó de puntitos rojos.

* * *

—Me cuesta creerlo, pero todos los datos que me dan coinciden —dijo el general Pershing, uno de los ingenieros más ilustres del Pentágono—. En efecto, la bomba había sido desmontada y la hemos encontrado a bordo de una avioneta dispuesta a emprender el vuelo. Lo del buque japonés también es cierto, aunque no podamos dar una noticia así a la publicidad. Y coinciden los demás informes, de modo que no puedo hacerles a ustedes dos ninguna acusación. Al contrario, han evitado lo que pudo ser una auténtica catástrofe para el país, pues no quiero pensar que esa nueva arma pudo haber caído en otras manos. Ahora sólo nos falta detener a la señorita Krabb, y eso va a ser lo más sencillo del mundo. Esperen…

Sonaba el teléfono.

El general lo descolgó.

Mara y Key desviaron sus miradas hacia la ventana. Un hermoso amanecer se insinuaba en el desierto, por encima de los tejados de Salt Lake City. Un amanecer lleno de tonos violeta, azul, rosa…, mientras que desde el otro lado del país una voz lejana debía informar que había sido detenida Irene Krabb. Definitivamente, el caso había terminado.

De pronto, oyeron la voz del general:

—¿Sí? ¿Pero cómo es posible…?

—¿Lo han comprobado?

—¡Está bien! ¡Sigan buscando!

Pershing colgó el teléfono y se volvió pensativamente hacia ellos.

—Lo siento —dijo—. Irene Krabb ha desaparecido de una forma extraña. No han podido encontrarla aún.

—¿Cómo ha desaparecido? —preguntó Key—. ¿Y por qué…?

Key quedó helado.

—Por los informes recogidos, parece que la han raptado un par de indonesios.

Intentó hablar.

Casi no pudo.

Hubo dé hacer un terrible esfuerzo para balbucir mirando a Mara:

—Muchacha… Venían… ¡Venían a por ti! ¡Querían vengarse! ¡Y al no encontrarte, la han atrapado a ella!

El general no entendió bien el sentido de aquellas frases, pero parecía muy tranquilo y seguro de sí mismo. Murmuró:

—No se preocupe. La encontraremos.

—No, no la encontrarán nunca, general —dijo Key, con más seguridad todavía. Con una siniestra seguridad.

—¿Y…, y por qué no hemos de encontrarla? No diga tonterías, hombre. ¡Mira que raptarla unos indonesios! Me han fastidiado, pero no me estropearán del todo el

plan. Justamente mañana quiero estar en Washington para comer con el secretario de Estado en un restaurante indonesio.

Key tragó saliva.

Y musitó:

—No, no vaya, general. Por favor, no vaya… No ponga los pies en ningún restaurante indonesio del país al menos durante dos semanas…

FIN

FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA (Barcelona, 1927) es abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de **Silver Kane**, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y

por la calidad de su obra, de proyección internacional.